

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



Al presente número acompaña el número 15 de la *Moda*.

1869. — TOMO XXXIV.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 28. — N° 865.

Administración general, pasaje Saulnier, número 4, en París.

SUMARIO.

El Oratorio de Mlle de La Valliere; grabado. — Importancia de la teología en el siglo XIX. — La guardia móvil

de Francia; grabados. — El cable trasatlántico francés; grabados. — Revista de París. — Poesías. — La Exposición de Bellas Artes de 1869; grabados. — La Francia pintoresca;

grabados. — Curiosidad literaria. — Los Saltimbanquis; grabados. — La espada del muerto. — Problemas de ajedrez; grabado. — Correspondencia de Argelia; grabado.



PARIS. — El Oratorio de Mlle de La Valliere.

El Oratorio de Mlle de La Vallière.

El monumento de dimensiones microscópicas que se vé representado en esta primera página de nuestro número, tiene en el día el privilegio de llamar la atención pública: es el oratorio de Mlle de La Vallière que, como es sabido, cuando se cansó de los desdenes de Luis XIV y de las insolencias de su sucesora Madama de Montespan, dejó definitivamente la corte en 1674 y se retiró á las Carmelitas.

El rey, esta vez, la dejó tranquilamente en su retiro. No hizo lo que en su primera fuga, cuando se refugió en la casa de las damas benedictinas de Saint-Cloud, que fué á llamar á la puerta del convento con la amenaza en la boca y casi con la antorcha en la mano. Tampoco envió á su capitán de guardias Lauzan, bien acompañado, como hizo cuando por segunda vez, la misteriosa heroína de las fiestas de la corte celebrada en tantas alegorías y madrigales fué á refugiarse en Santa María de Chaillot. Ni siquiera tuvo aquel postrer destello de sensibilidad que le indujo á despachar en pos de la bella fugitiva que por tercera vez se escapaba de la corte, al ministro Colbert, que fué el que de nuevo la llevó á Versalles.

No, ahora no hizo nada: el cariño había muerto en su corazón, era una cosa concluida. Así fue que el año siguiente, aquella favorita abandonada irrevocablemente por el amor á la penitencia, tomaba el velo de manos de la reina, y Mlle de La Vallière se convertía en Sor Luisa de la Misericordia. Treinta años tenía y jamás su hermosura se había mostrado con tanto brillo. Así lo afirma una señora contemporánea, Madama de Sévigné: «Hizo aquella acción (tomar el velo) como todas las obras de su vida, de un modo noble, encantador. Su belleza sorprendía á todo el mundo...» No hay belleza que valga: lo importante es saber agradar siempre, y para esto no cabe duda que se necesita la intervención de la inteligencia. Por desgracia para ella, La Vallière carecía de ese recurso á ser cierto lo que dice el abate de Choisy. Además el rey era voluble naturalmente; Madama de Sévigné lo dice así, cuando escribe que «la Montespan era precisamente lo contrario de aquella violeta que se ocultaba en la yerba.»

Y hé ahí como un día, y de toda ceremonia, aquella pobre paloma acudió á arrodillarse dolorida en la iglesia de Carmelitas de la calle de Enfer, tan espléndidamente adornada, como dicen los cronistas contemporáneos. Júzguese por esta descripción:

«El altar mayor se elevaba sobre doce gradas de mármol, rodeadas de una balaustrada también de mármol con ornatos de bronce dorado. Encima del altar había un tabernáculo todo de plata cargado de bajo-relieves. El sol ó custodia que se sacaba en las grandes solemnidades, era todo de oro y estaba enriquecido de piedras preciosas. Veíanse allí obras maestras de pintura firmadas por Felipe de Champagne, La Hire, Stella, Lebrun y el Guido. Admirábanse la *Salutación angélica* de este último y la *Magdalena penitente* de Lebrun, que el vulgo tomaba por el retrato de Mlle de La Vallière. La bóveda pintada al fresco por Felipe de Champagne, ofrecía el efecto maravilloso de la perspectiva de un Cristo, pintado en un plano horizontal y que parecía estar sobre una superficie vertical...»

Cortamos aquí la descripción, para añadir que todas esas magnificencias desaparecieron con la iglesia que las encerraba y que fué demolida después de la supresión en 1790 del convento cuyas construcciones fueron vendidas, menos la parte que ocupan actualmente, en la misma calle, las damas carmelitas restablecidas desde 1815. Esto nos conduce á nuestro punto de partida, esto es, á la capillita puesta á descubierto por la apertura de la primera calle á la izquierda del nuevo boulevard que forma la continuación del de Montparnaso y debe tomar el nombre de Saint-Marcel. Es seguro que esa capilla ocupada en el día por un aserrador, debió formar parte del antiguo recinto de las Carmelitas que aun se extendía mas lejos por esa parte. Pero ¿quién afirmaría que haya servido de oratorio á Mlle de La Vallière? Ciertamente es que puede sostenerse; pero probarlo es otra cosa. C. P.

Importancia de la teología

EN EL SIGLO XIX.

Para conocer á fondo la cuestión que debotratarse, cuyo interés se revela en su misma enunciación, á saber, cuál sea la importancia de la teología en el siglo XIX; para adquirir acerca de ella un cabal conocimiento ilustrando el juicio convenientemente, es necesario examinar con detención las partes que la constituyen. Asunto es este que, ya por la importancia de las materias sobre que versa, ó por las convicciones que toca, ó por las preocupaciones que hiere, ó por las pasiones que levanta, alcanzaría en un juicio universal diferentes y aun contrarios pareceres; y es que este juicio ha de apoyarse en un profundo conocimiento de la teología y de la época presente.

Y aquí las dificultades crecen y se espesan las sombras que envuelven la verdad. Tarea árdua es para la razón moderna el exacto conocimiento de esta ciencia

sublime y del siglo XIX; de aquella, por los recelos y antipatías que lleva consigo; de este, porque es sobremanera difícil, al intentar juzgarlo, desprenderse de las fuertes simpatías que excita, y evitar la influencia de la pasión.

¿Será cierto, como ha dicho Donoso Cortés, que el hombre está reñido con la verdad? Impulsa á creerlo así la situación de los entendimientos con respecto á la teología. Basta nombrarla para que se alcen las preocupaciones que por espacio de dos siglos aquejaron al espíritu humano. Un invencible hecho advierte á sus enemigos, dije mal, á los que la ignoran, su principal carácter, á saber, la universalidad de su influjo, y lo confiesan al presentarla como verdugo de la razón, como causa no insignificante de las desgracias humanas. Debieran advertir que solo una virtud poderosa, la virtud de la verdad, puede sostener una idea que por largo tiempo alimenta al individuo y á la sociedad, personificada en una institución tan inmutable como fecunda.

Y esta ignorancia es mas extraña considerando que la teología, como todas las grandes ideas, como todas las causas esenciales, basta mirarla para conocerla. No ha estado un instante latente desde que la escuchó el mundo asombrado de la boca de Jesucristo. Porque si existe alguna cosa verdaderamente notable hace diez y nueve siglos en la historia de la inteligencia, es sin duda alguna esa nueva enseñanza que en luminosas y desconocidas ideas esparcieron en la conciencia san Pablo y los sagrados escritores, que ordenó en cuerpo científico la escuela cristiana de Alejandría, que mas tarde desarrollaron san Juan Damasceno, Tajon y Pedro Lombardo, que elevó á síntesis sublime Santo Tomás de Aquino, que robustecieron en la lucha de la reforma Suarez y Belarmino, que fecundaron con la filosofía cartesiana Bossuet, Fenelon y Malebranche; esa ciencia, cuyo desprecio pagó el mundo con terribles sufrimientos en el pasado siglo, y que sentada con majestad entre los trofeos de su historia durante la sustanciación de su causa, aguardó á la virilidad de la nueva ciencia para recibir en nombre de la razón ilustrada el beso de paz de los labios de Humboldt y de Cuvier; esa ciencia que, tremolando hoy como en todos los siglos la bandera de la verdad y de la razón, enseña gloriosa que sustentaron las robustas manos de Perrone de Wiseman, de Balmes, de Nicolás, de Maret y de otras poderosas inteligencias, ofrece al espíritu del hombre, enriquecido con sus triunfos, el firme establecimiento y extensión de sus conquistas en bien de la sociedad presente y del misterioso porvenir.

Y sin embargo de los grandes caracteres de la teología, de su poderosa acción en la historia, y de su última importancia en nuestra época, se la trata hoy con marcada indiferencia y desvío. Esto basta para asegurar que el siglo actual se conoce poco á sí mismo, y que se engaña en la cuestión mas importante de cuantas se propone. No, la razón moderna no conoce aun esa ciencia sublime, si la conociera, la seguiría. Entre las glorias que la envanecen, entre las joyas que componen su tesoro, no cuenta la teología católica: solo tiene para ella la indiferencia, y cuando mas, ese recuerdo grave y sosegado que excita una cosa antigua, de bondad relativa, cuya existencia se limitó á cierta época determinada, aquella, por ejemplo, que comprende la infancia de las sociedades. De este juicio deduce la razón que su mentida independencia es un progreso, y marcha con esfuerzo digno de mejor causa en pos de un encantador fantasma, á realizar no sé qué grandioso y seguro porvenir, descubierto allá en sus sueños de gloria por alguna imaginación calenturienta. Y si vierte sangre esa profunda herida, que solo pueden curar las aguas de la fe, si la aqueja su impotencia, si choca contra sus límites, si divisa en lontananza las sombras que esconden la inmensidad que ignora, negará lo que sus fuerzas no alcanzan ó fijará en un momento futuro y con mas grados de poder la conquista de lo inconquistable. Por eso el siglo XIX, dominado aun por el racionalismo, siente imperiosas necesidades, cuya satisfacción pide en vano á las fuerzas del espíritu: en su seno, ora parecido al caos, ora á un fecundísimo germen, se agitan elementos de verdadero poder y de dolorosa postración: sus riquezas lo abrumaban, porque le falta la ancha base que ha de sostener el edificio. Así, pálido por las vigiliadas, fatigado por el trabajo é inquieto por su destino, se adelanta por inciertas vías, gravados sus hombros, mas que con el peso de sus triunfos, con la inmensa pesadumbre de los dolores humanos.

Urge, pues, para ver claro en la tésis presente, conocer los caracteres esenciales de la teología, y en el examen de nuestra época hacerse cargo de las principales necesidades del siglo, mediante una observación atenta de sus tendencias y del estado de la razón. Colocando de este modo la una al lado del otro, será fácil distinguir las relaciones que existen entre la enfermedad y su única medicina, la armonía ó disonancia que las une ó las separa.

Hay en el mundo moral una idea vasta hasta el infinito, de fecundidad prodigiosa é inmutable, necesaria, eterna; la existencia de Dios. Ella, como todas las ideas, afirma un hecho, manifiesta una realidad, constituye una verdad. Pero ella además, sobre todas esas parciales afirmaciones, sobre tantas percepciones del ser, comprendiendo en su esfera la fuente de la existencia, trae á la conciencia humana el principal elemento, el terreno primario de ese otro mundo de las ideas, mas grande, mas fecundo que el material, en donde la inteligencia del hombre tiene su elevado solio y sus durísimas cadenas, sus inmarcesibles glorias y

sus baldones é infortunios. Siendo Dios el primero en el orden de los seres, la idea que establece su existencia es, además de la mas universal, la primera de la metafísica y por consiguiente de la ciencia humana. De este modo la verdad de la existencia de Dios viene á ser el sólido fundamento de los humanos conocimientos, del orden metafísico, del orden moral, y aunque mas indirectamente, de los conocimientos naturales y exactos. Ella es el centro donde gravita nuestra razón, como Dios es aquel hácia el cual gravitan con irresistible tendencia todas las existencias; ella es el sol de la conciencia, la paz del alma y el fuego sagrado que arde inextinguible en nuestro corazón.

Pero esta idea, en toda su admirable fecundidad y grandeza, no es una conquista de la inteligencia humana, ni esmalla la corona de sus triunfos; todo lo contrario. Despertando fuertemente su actividad, y excitada por el sentimiento, persigue sin cesar esa verdad, que hace palpar su ser, que, predicada elocuentemente por la creación, ve dentro de sí misma y en cuanto le rodea, que llena la atmósfera en que vive, y se desborda en la conciencia. Y en vano bate sus alas para remontarse á tan encumbrada altura. Se agita, forceja por descifrar el enigma que la atrae, y cae desfallecida en medio del camino, vislumbrando solamente su objeto y conociendo una parte de ese divino secreto que cantan en perpétuo himno los cielos y la tierra. La historia del espíritu humano atestigua esa verdad. Platon, el gigante de la antigua filosofía, es un pigmeo á la luz de la revelación; llegó á concebir el Dios cristiano con algunos de sus atributos, y ofreció al entendimiento extraviado la mutilación de esa verdad que guardaba en su oscuro seno la tradición. Así es como la idea de Dios incompleta, falsificada por la ignorancia, fué estéril para el hombre, y aun lo perjudicó notablemente; porque la filosofía empleó para el mal los elementos del bien, se sirvió de los restos de esa gran verdad para levantar el error sobre sus ruinas, y enmascaró con la santidad todos los extravíos. Y es que el hombre no puede remontarse solo hasta Dios, porque faltando la relación, el lazo que une tan separados extremos, falta la abriantada escala que une la tierra con el cielo, y lo finito es oprimido por lo infinito y cegado por los resplandores de su gloria.

Este necesario lazo es la revelación. La revelación es una enseñanza para el hombre, y además un eficaz auxilio para su espíritu. Con la primera aprende como humilde discípulo; con el segundo se convierte, mediante esa ilustración, en creador, proclamando también al crear, la armonía de la fe con su naturaleza y con su libertad moral. Porque nada hay forzado ni violento en la revelación. La fe ofrece una verdad á la inteligencia, y precisamente cuando ignoradas é importantes ideas proyectan una terrible noche en el pensamiento; pero si esa verdad está velada, si la envuelven las sombras del misterio y no la alcanzan los criterios humanos, el criterio divino viene en auxilio de la razón. Creer, pues, es conocer, y la creencia es tan natural, tan racional, un hecho psicológico como el conocimiento. Que Dios ha hablado, basta la crítica humana para conocerlo, y una vez en posesión de esta certeza es locura inconcebible recusar la autoridad. Confesemos, sin embargo, que es necesario el corazón para llevar á cabo la obra. Hé aquí la verdadera maravilla, la armonía entre la razón y el sentimiento: hé aquí al instinto recto del corazón elevado á la conciencia, y la idea sostenida por una pasión eminentemente natural, noble, constante y sosegada; la fe ó la pasión divina.

Completado el ser racional con la fe, este nuevo sentido, como le llama un hombre ilustre, con el cual se dispone á un nuevo conocimiento, la primera idea que se presenta á la inteligencia es la de un Dios libre en el desarrollo y manifestación de sus atributos. De esta verdad va á surgir la mas hermosa creación del entendimiento: el raciocinio va á crear una nueva ciencia, la teología.

Un Dios infinito, personal, bastándose á sí mismo en una vida perfecta, cerrando el inmenso océano de la existencia con los diques de una voluntad omnipotente y perfectamente libre, realiza en el principio del tiempo su atributo de Criador, no desarrollando su esencia in-comunicable, sino poniendo un inmenso poder al servicio de su soberana voluntad. Fecunda la nada con la virtud de su palabra, ordena el caos y arroja innumerables existencias en el vacío, que no son él aunque por él y en él existan. Con esta enseñanza, el panteísmo, ese error madre, ese perpétuo extravío del entendimiento queda destruido por su base, y se alzan en la conciencia con las ideas de un mundo y hombre criados, las de sumisión, de dependencia, de veneración y de culto; en una palabra, la noción eterna de justicia, el orden moral y el religioso.

La soberbia precipita al hombre inteligente y feliz, y en la primera desobediencia llora el abuso de su libertad entre las penas fulminadas contra su raza. Su trono se derrumba, se quebrantan las armonías, la de Dios con el hombre y la de este consigo mismo, y el pecado original introduce en el mundo un elemento extraño que turbó profundamente la eternidad; el mal. El dualismo, esa monstruosa creación de la ignorancia humana, queda igualmente destruido, y aclarado el enigma que atormentó á la filosofía antigua y confunde hoy á la moderna.

Luego el mal no es un principio eterno, como había dicho la antigüedad; es sí, un fatal accidente, extraño al orden original, una torpe mancha que anubló la belleza de la Creación, quebrantando la primordial ar-

monía; es hijo del hombre, monstruo abortado por la soberbia con el don de la fecundidad. Las contradicciones humanas, la lucha que lleva el hombre dentro de sí mismo, el imperio de sus pasiones, la esclavitud de su razón, su ignorancia, su perpétuo y estéril trabajo, sus aspiraciones sublimes, sus acerbos dolores y su perpétuo llanto; hé aquí las rigurosas deducciones de este fecundo principio, que envuelve el profundo conocimiento del individuo.

Pero ved como un hecho y un raciocinio derivan de este principio una ciencia de altísima importancia. La familia se constituye por la unión de esos dañados elementos, y el compuesto abundará naturalmente en las cualidades de sus partes: la familia humana es, pues, lo que el individuo. Pero ¿qué es la sociedad sino la suma de las familias? La lucha, el antagonismo individual, trasladado á la sociedad, desarrolla indefinidamente en el comercio de los espíritus las esferas del bien y del mal. Nuevas relaciones piden necesidades nuevas: el contacto, el estímulo, encienden las pasiones, precipitan el curso de la vida, y desenvolviendo de mil maneras la actividad, preparan y desarrollan la civilización, que no es sino los progresos de la sociedad en la destrucción de la antinomia humana. Esta sociedad vive, y hé aquí la historia con su perpétuo drama y su ignorado desenlace. Pero en toda ella la asociación es lo que el individuo, con mas las complicaciones de su nuevo modo de existir: la preponderancia de las pasiones sobre la razón, exacerbada con el choque continuo, engendran una tendencia fatal y el constante predominio del mal sobre el bien. De aquí la necesidad de limitar la actividad para robustecer el derecho, ó la necesidad de las leyes, que suponen la autoridad, la soberanía. Y ved á Dios en la sociedad como en el corazón del hombre. De aquí también una utilísima verdad, á saber: que en la sociedad hay una mina del mal constante é inevitable, como radicado en la naturaleza, y que luchar por destruirlo es locura manifiesta y peligroso empeño; y que hay también una porción de mal transitorio, accidental, cuya atenuación es el objeto de los asociados y del legislador. Esta es la ancha base de la verdadera ciencia social y política. Todo lo que en esta materia no se apoye en ese fundamento, tiende á labrar la humana desventura y acibara los dolores del hombre con el sarcasmo de una felicidad quimérica.

Un Dios sin Providencia es inconcebible, es una contradicción. Una Providencia y un hombre libre suponen un fin, cuya adquisición debe ser obra de ambos. Este fin ha de ser conforme con la humana naturaleza, cuya esencia es un espíritu aspirando al infinito, sirviéndose accidentalmente de una materia que le aprisiona. De este modo llegamos á la verdadera filosofía de la historia, á esa ciencia que hace catorce siglos inventó san Agustín, que desarrolló el Aguilón de Meaux, y que en vano intenta hoy eclipsar el hegelianismo. Así también llegamos á conocer el verdadero fin del individuo y de la sociedad, escritos con indelebles caracteres en el Catecismo y en el Apocalipsis.

El fundamento de la ciencia sublime es la revelación, ó de otro modo, la teología no es mas que la aplicación del raciocinio á esa sobrenatural enseñanza. He procurado exponer rápidamente y en conjunto las grandes aplicaciones de la revelación, y por consiguiente de la teología, despojando á esta de ese carácter misterioso que, como ciencia sagrada, posee dentro del santuario. Pero no es ese su principal carácter. Tan maravillosa fecundidad, tan sorprendente aptitud para resolverse en práctica, se funda en que antes de todo es la ciencia de la religión, la ciencia del infinito. Si tan admirablemente desata los enigmas humanos, es porque ya ha descifrado algunos de los secretos divinos; porque en ella se conocen, aunque no se comprendan, todos los misterios, los misterios de Dios, los misterios del hombre, las misteriosas relaciones que unen al Criador y á la criatura. Como base de esas generales aplicaciones, como fundamento de la vida social y del individuo, extiende sobre el mundo el orden religioso, divina incubación que envuelve todos los seres, amplísima satisfacción de las primeras necesidades del racional, donde el alma goza además de los mas sublimes placeres intelectuales, encontrando la clave de todos los enigmas, la primera razón del ser, la última palabra de la ciencia. Todo lo atrae á ese fecundo terreno. Allí da la verdadera noción del espíritu, la noción del hombre, la noción del ángel, la noción de Dios; y del profundo conocimiento en cuanto la razón alcanza de todos los seres, deduce las relaciones que forman la armonía del universo. Por una necesidad esencial va poniendo el sello divino en todo lo que explica, y alumbrando con la luz del misterio las oscuridades de la ciencia. A cada paso despeja las incógnitas humanas eternamente indescifrables, hasta sojuzgar el corazón y abrumar la inteligencia con el conocimiento que da del verdadero y eterno Ser en el misterio de la Santísima Trinidad. ¿Y es, por ventura, extraño que existan misterios en la ciencia de Dios? ¿Es concebible el infinito comprendido por el finito? El misterio, además, no es la contradicción, no es la nada estéril y mortal, no es la oscuridad absoluta; es un sol envuelto entre nubes y celajes, un océano de luz escondido á nuestra vista, una antorcha brillando en medio de tinieblas, como le llama san Pedro, *lucerna lucens in caliginoso loco*. En él está el verdadero objeto de la inteligencia, porque la ciencia humana no es sino el prefacio de la inmensa escondida sabiduría que el misterio anuncia, como anuncia la aurora la magnificencia del sol.

Es cierto que donde la razón, la evidencia y la filo-

sofía acaban, allí empieza la teología. Mas ¿se quebrantan tal vez por eso los derechos de la razón? ¡Ah, cuán pobre es su obra! Aparte de las ciencias exactas y naturales, ¿qué puede sin apoyo en el inmenso campo que le resta? Si algo adelantó en él, ¿dejó por un instante de alumbrarse con la luz de las lejanas tradiciones? ¿Es acaso toda la antigua filosofía parto exclusivamente suyo? Y aunque lo fuera, ¿tendría de qué envanecerse por ello? Nó: el espíritu del hombre se honra, se fortalece, crea, como he dicho, con la teología. Si la razón, la evidencia y la filosofía caen en sus umbrales, es para levantarse mas robustas y vigorosas, para brillar mas bellas despues de su postración. No consiste solamente la ciencia sagrada en prestar el asenso de la voluntad á lo que no se comprende, reposando despues el entendimiento, satisfecho de su obediencia: entonces no pasaría de ser un hecho psicológico, abriendo la tumba de la razón. La teología no es la fe, es la ciencia de la fe, la aplicación del raciocinio á la revelación, el ejercicio de la actividad del alma sobre un grandioso y sublime objeto. Con su poderoso auxilio, con las alas que le presta, se lanza la razón á un nuevo viaje, en el que inventa la ciencia de Dios, del hombre, de la sociedad, y utiliza en bien de la humanidad las exclusivamente racionales. Así es como en vez de morir en sus brazos engendra la teología una razón completa, una evidencia brillante y una filosofía justa, perfecta y verdadera. Ella es la ciencia madre, la ciencia propiamente dicha, porque en ella están los principios de las ciencias fundamentales y el fin de todas las especulaciones del espíritu humano. Sus principios son eternos y evidente como la conciencia, porque consisten en la palabra divina, en la infalibilidad de Dios. Sí, digámoslo muy alto, que esto nos ennoblece y tranquiliza: la teología es ciencia de autoridad; pero esa autoridad es la de Dios. ¿Reposará la razón tranquila sobre ese testimonio?....

Feliz yo si he logrado ofrecer á vuestra consideración los esenciales caracteres de la ciencia que nos ocupa. Ciertamente este rápido bosquejo no será infructuoso: él es necesario para responder á la siguiente pregunta: ¿Es ó no importante la teología en el siglo décimonono? ¿Hasta qué punto puede servir á la causa de la humanidad?

El siglo XIX es grande. Hé aquí una confesión que se escapa de todas las bocas y que atruena continuamente nuestros oídos. Todos los hombres de los mas opuestos bandos vienen á encontrarse en este fallo supremo; pero por distintos caminos, y cada cual á su manera. Unos pronuncian estas palabras con el júbilo en el corazón, otros con turbación y recelo. Sin duda «el hecho característico, el hecho inmenso de la civilización moderna, dice M. Guizot, es el acrecentamiento prodigioso de la ambición y del poder del hombre. Recorred en vuestro pensamiento lo que ha pasado en estos últimos siglos y lo que pasa en nuestros días; esta larga serie y esta vasta reunión de trabajos y de obras humanas en todos géneros, en todos lugares, tantos secretos penetrados por la ciencia, tantos monumentos levantados por el genio, tantas riquezas creadas por la industria, tantos progresos de justicia y bienestar introducidos en la condición así de los pequeños como de los grandes, así de los débiles como de los fuertes; el hombre paseándose como señor por todos los espacios de la tierra que habita y sondeando con mano firme los mundos que no puede pisar; el pensamiento derramando sus descubrimientos y sus ideas en todos los pliegues de las sociedades humanas; la materia bajo todas sus formas domada donde quiera y sometida al servicio del hombre; este ardor expansivo y ascendente que circula por todo el cuerpo social; esta actividad universal é incesante, é incesantemente fecunda, que todo lo pone en movimiento y en obra á provecho de todos. Nunca el hombre había marchado tan rápidamente á la conquista y á la dominación del mundo; nunca en su calidad y con sus fuerzas de hombre había ejercido tanto imperio sobre la naturaleza y sobre la sociedad.»

¿Quién no suscribe esta brillante descripción? Todos confesamos el poder del hombre y las ventajas incontestables de la moderna civilización, y admitimos con placer ese hecho innegable. ¿Pero es esto todo? ¿Es ese el siglo XIX? El mismo M. Guizot prosigue: «No se me oculta cuanto hay en esto de malo y de peligroso, de embriagador y de ilusorio. Nadie mas convencido que yo de los inmensos errores y de los funestos desastres de nuestro tiempo.» Desarrollemos este pensamiento. El hombre, poderoso, inteligente, activo, en el abuso de su libertad ó en el uso de la licencia: una novedad de enturbado origen, minando el imperio pacífico de eternas verdades: la conciencia humana basada sobre extraños y arbitrarios principios: una sociedad mal segura en sus cimientos, y las mismas convulsiones amagando el santuario de la familia: una ciencia rica, espléndida, grandiosa, pero fraccionada, sin objeto final ó con torcidos fines y sombreada por brillantes sofismas: una razón laboriosa, incansable y también vana, soberbia y frecuentemente impía, tan rica de verdades como escasa de verdad, mas soñadora que sabia, recusando una sola autoridad mientras las admite todas, é impotente en medio de sus triunfos: el campo intelectual dividido, cubierto con los restos de infinitas verdades y penosamente alumbrado por un sol cuya frente empañan intermitentes borrascas: una moral equívoca, las mas veces acomodaticia y con frecuencia sujeta al interés.

(Se continuará.)

La guardia móvil de Francia.

No es esta la primera vez que los ministros franceses han querido imitar las instituciones militares de la otra parte del Rin. A fines de la primera mitad del siglo XVIII, Mauricio de Sajonia apoyado por M. de Breteuil y por M. Voyer de Argenson introdujo en el ejército francés el ejercicio á la prusiana, los uniformes estrechos, la coleta y las correas cruzadas, todo ello también de origen alemán.

El señor Mariscal Niel no ha hecho mas que seguir el ejemplo de sus ilustres antecesores *prusianizando* las instituciones militares de Francia.

Por lo demás, la guardia nacional móvil no es una copia servil, es lo que llaman los ingleses una *adaptation*. En los largos estudios que precedieron á la discusión en el cuerpo legislativo de la ley sobre la reorganización del ejército, las diversas comisiones que se sucedieron trataron particularmente de no contrariar el gusto francés por las probabilidades del sorteo mientras aumentaban los recursos militares de la Francia.

Así pues, la guardia nacional móvil, en vez de ser como la *landwehr* prusiana, un segundo ejército formado por hombres libres de servicio activo, se convirtió en una milicia donde regimentaron á todos los favorecidos en la gran lotería de la quinta anual.

Bajo este concepto, preciso fué inaugurar un sistema de instrucción para esos soldados que no son militares, pero que pueden llegar á serlo.

Hubo también que improvisar cuadros para esta milicia que se componía enteramente de reclutas y que por lo tanto no podía contribuir por sí misma á la formación de sus planas mayores.

Estas particularidades produjeron desde luego mucha tardanza en la instalación de los efectivos y grandes anomalías en la composición de las planas mayores; quisieron admitir en estas hombres influyentes y antiguos oficiales, la política y la teoría se disputaron la preferencia tanto, que en ciertos batallones mandados un *ex-paisano* ó un *ex-sargento*, se ven *ex-comandantes* de batallón mandando compañías.

Los inconvenientes disciplinarios que resultarán de estas anomalías los harán desaparecer sin duda alguna; pero desde ahora demuestran á los oficiales de la guardia móvil que deben perder la esperanza de ver confirmados sus grados militarmente.

La ley del 14 de abril de 1832 es una carta inviolable y todo gobierno que se atreviera á modificarla caería el mismo día á impulsos del ejército despojado de sus privilegios.

En vano la guardia móvil invocaría los precedentes de 1813 si entrase en campaña, lo cual no permite la ley sino en el interior, en caso de invasión.

Cuando el 12 de enero de 1813 Napoleón I formó con ochenta y ocho cohortes de la primera reserva, veinte y dos regimientos de infantería de línea (números 135 á 156), los oficiales de todos estos cuerpos tenían legalmente sus grados, no eran recién llegados al ejército, sino que no habían salido de él.

Segun la legislación militar francesa, la dimisión es definitiva y el retiro también. En el ejército hay muchos oficiales que habiendo dado su dimisión se han reenganchado como soldados y han vuelto á hacer su carrera: al otro día de su reenganche pueden ser nombrados cabos y es la única ventaja que les concede el espíritu y la letra de la ley.

En 1849 y 1850 cuando licenciaron los batallones de la guardia móvil reclutados despues de la revolución de febrero, fué imposible dar grados en el ejército á aquellos de sus oficiales que por su valor, su buena conducta y sus aptitudes, habían llamado la atención del poder ejecutivo.

La ley del 14 de abril de 1832 estaba allí, centinela vigilante de los derechos é intereses del ejército, que impedía que se convirtieran en oficiales del ejército los de la guardia móvil.

Algunos se alistaron y ganaron la charretera, como verbigracia, M. de Molénes, escritor distinguido, M. de Saint-Martin y M. de Girardin.

Los oficiales destacados del ejército á la guardia móvil y que por elección obtuvieron grados superiores, volvieron al ejército con su grado efectivo.

La insistencia en este punto es necesaria para que se comprenda no solo el presente, sino el porvenir de esta joven milicia.

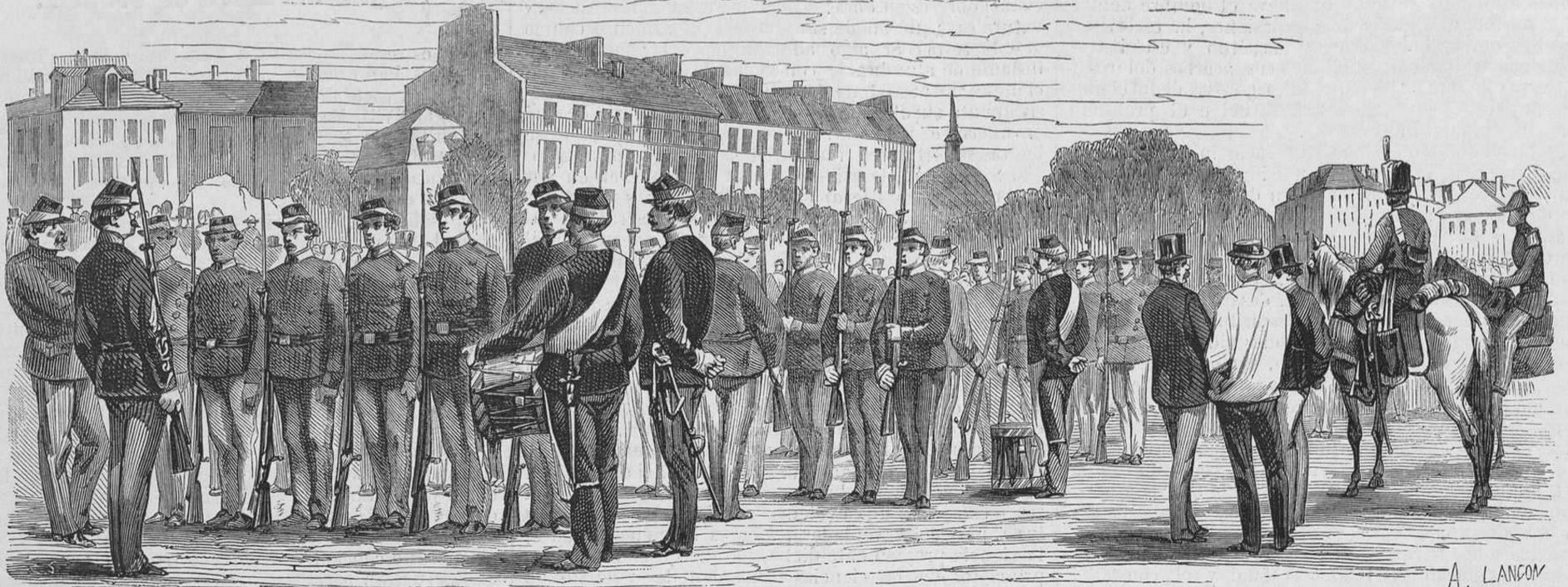
El gobierno ha organizado batallones incorporando en ellos reclutas y planas mayores; pero no ha creado una fuerza bien definida como lo es la del ejército.

Ningun reglamento de administración pública determina el modo de ascensos en estos cuerpos improvisados con bastante lentitud. Ya toda la parte de la Francia que comprende los mandos militares 1, 2 y 3 se cubre de batallones; los hombres están vestidos y su uniforme que ofrece la ventaja de ser sencillo y cómodo, tiene la desventaja de no recordar en nada las tradiciones militares francesas.

Pero la institución está por hacer todavía.

Ahora bien, la institución no se hará hasta el día en que el gobierno renuncie categóricamente á lo arbitrario y á lo indefinido para entrar en lo regular y en lo absoluto.

Si mañana se reconociera que fuera de las cuatro armas de combate, infantería, caballería, artillería é ingenieros, existe otra fuerza no utilizada y que crearan esta fuerza, al punto se reglamentarían todos los detalles de la existencia de este nuevo cuerpo.



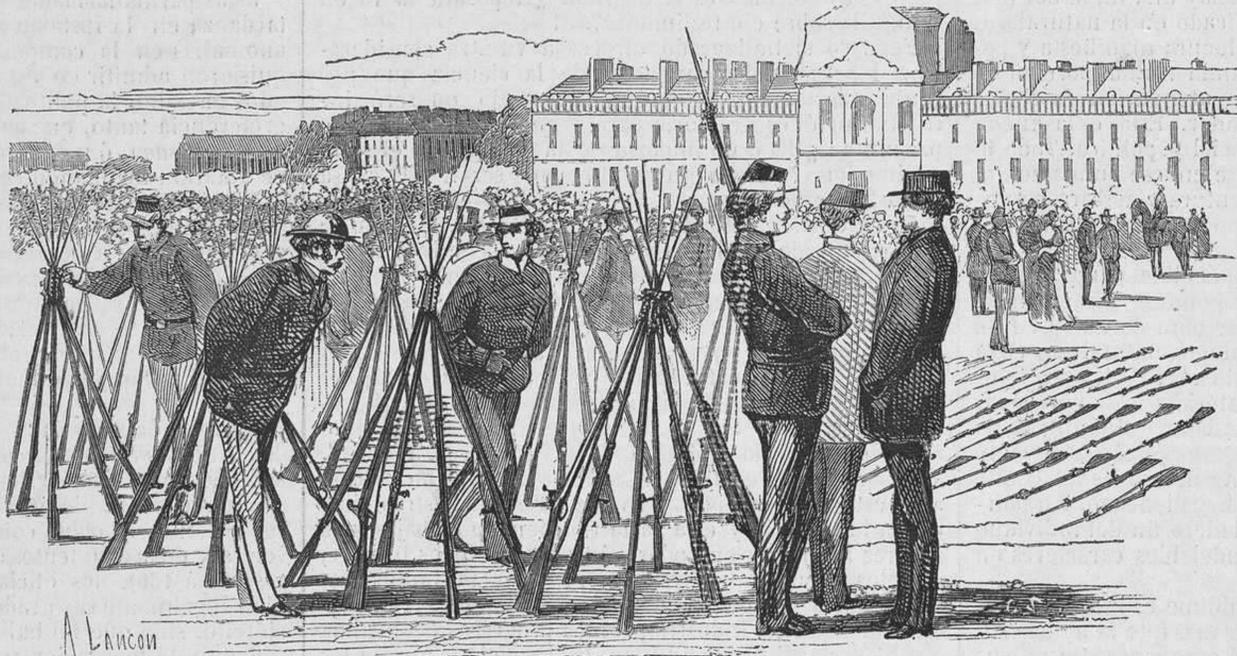
Ejercicios de la guardia móvil. — Maniobra del fusil.

El soldado de esta nueva fuerza sabría lo que hay que hacer para ascender á oficial; la anulacion engendraria en él el respeto de la disciplina y el espíritu de cuerpo.

En la guardia móvil falta esta ciencia: el soldado no tiene mas relaciones con el oficial que las que le crean los ejercicios. El soldado no es de la misma familia que el oficial, porque el oficial no sale de las filas del soldado.

Se dirá que esto se improvisa.

No por cierto, pues el soldado de la guar-



El descanso.

dia móvil no sabe si cambiarán dentro de seis meses lo que se hizo al principio.

En tanto que esta situacion no se determine, en tanto que la guardia móvil no se baste á sí misma para el reclutamiento de sus planas mayores, será un impuesto desagradable para los pequeños y un nuevo modo de proteger á los amigos del poder, pero no será una institucion.

J. B.



El desfile.

El cable

TRASATLÁNTICO FRANCÉS.

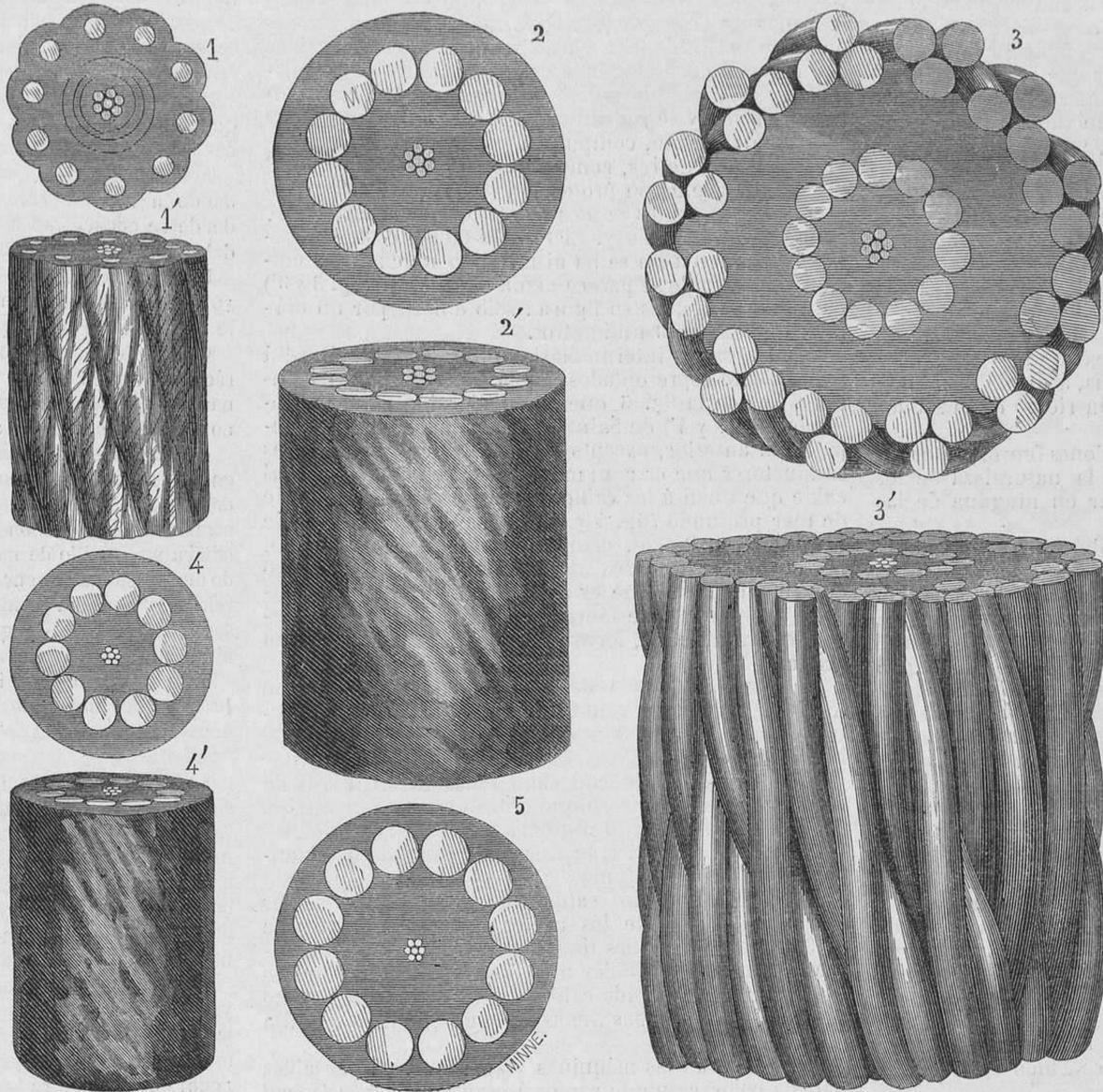
(Véase el N° 364.)

La grande operacion cuya historia venimos haciendo en nuestro periódico, está terminada hace diez dias. Un telégrama ha noticiado al emperador Napoleon el feliz éxito de tan magna empresa. Esto mismo aumenta el interés de la relacion que publicamos. Dejamos pues la palabra á nuestro corresponsal, quien va á referir á nuestros lectores las peripecias mas interesantes de esta importante campaña de la ciencia y de la industria.

A bordo del *Great-Eastern*

El 21 á las tres de la madrugada salimos de Brest, y no tardamos en perder de vista las costas de Francia.

Nada mas sencillo que el espectáculo que tenemos á la vista, y sin embargo, nada mas poético y á la vez mas uniforme y mas variado que la caída del cable, que azota las olas y que desaparece para siempre en las húmedas tinieblas. Es un hilo parecido al que la araña viajera deja en pos de si: ¡con qué gracia cae de la úl-



Cable trasatlántico francés ((tamaño natural).

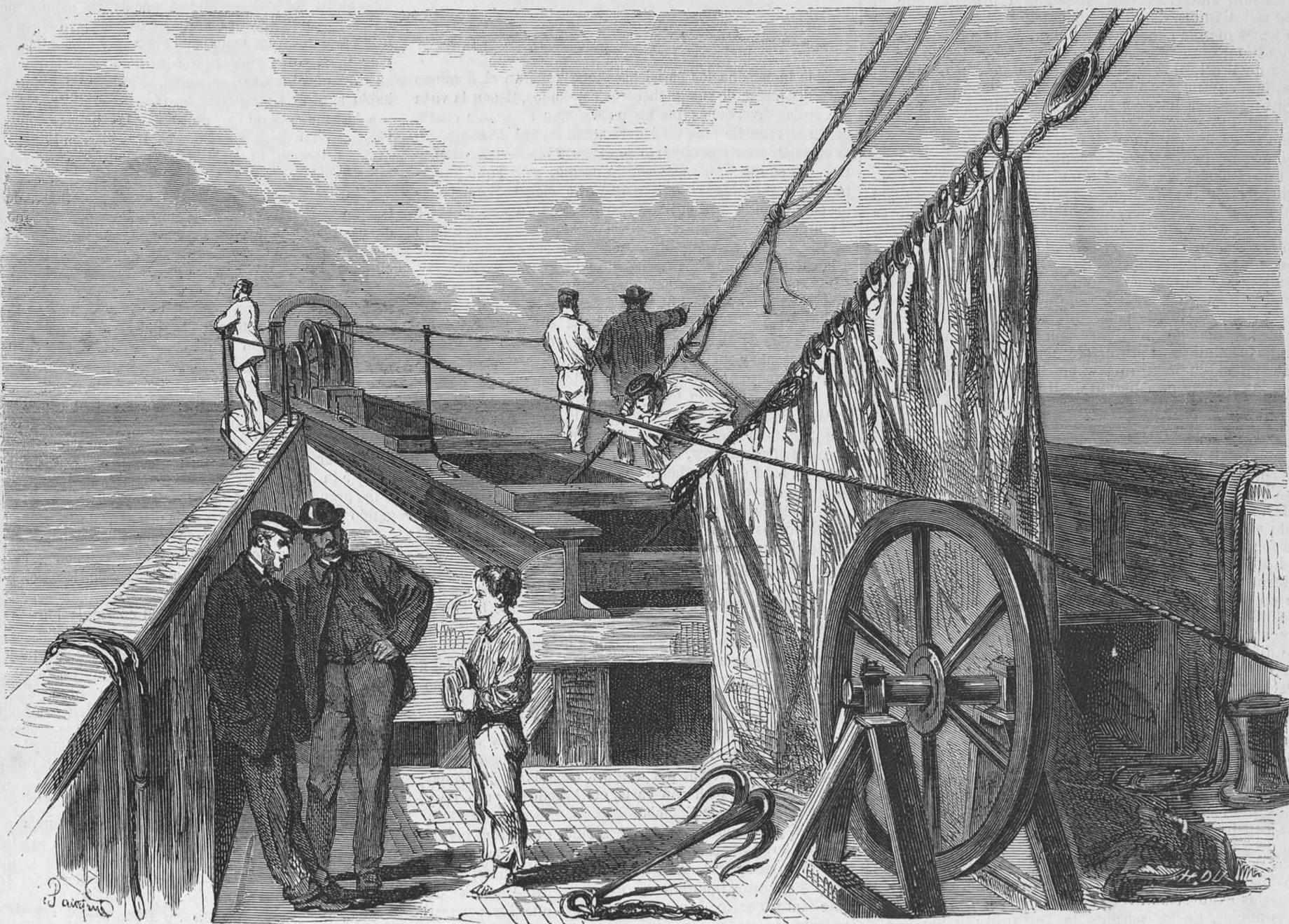
Línea de Brest á Saint-Pierre. — 1. 1'. Cable de mar profundo. 2. 2'. Cable intermediario. 3. 3'. Cable costero.

Línea de Saint-Pierre á Duxbury. — 4. 4'. Cable de mar profundo. 5. Cable intermediario. 3. 3'. Cable costero.

tima rueda!... Durante muchas horas no hacemos mas que mirar y escuchar el ruido de las garruchas que dan vueltas bajo el cable. Este ruido monótono tiene algunas inflexiones, algunas modulaciones graves que se armonizan con la voz aguda de la ola sacudida, y que se distinguen al través de todos los ruidos del steamer. Pero es hora ya de dar algunos detalles sobre la anatomía de los cables, tanto del que tenemos á bordo como del que se nos adelantó hasta Terranova.

Al principio de nuestro viaje nos limitamos á hablar del cable costero que el *Chiltern* habia colocado en las costas de Francia. Este cable costero está dibujado con los números 3 y 3', del tamaño natural. El número 3 da una seccion perpendicular al eje, y el número 3' indica el aspecto exterior

Al cable costero se soldó el cable intermediario (2, 2'), y en fin hemos comenzado á arrojarse el cable de mar profundo (1 y 1') que nos conducirá hasta Saint-Pierre. Entonces principiará la colocacion de la segunda seccion, de Saint-Pierre á Duxbury, en la cual nada tendrá que hacer el *Great-Eastern*. La seccion de Duxbury, como la de Brest, tendrá á cada extremo un cable



Cable trasatlántico francés. — La rueda de inmersion á bordo del *Great-Eastern*.

costero de 2 á 3 milésimos de menor diámetro que el de Brest, detrás del cual un cable intermediario (fig. 5), y finalmente, en medio, el verdadero cable marítimo, representado en la fig. 4 y 4'. La operación se efectuará del mismo modo que la nuestra. Antes de salir de Saint-Pierre, la *Scanderia* se reunirá á un cable costero, luego echará un cable intermediario, y por último, un cable de mar profundo.

Al extremo de este último encontrará, como nosotros, una boya, dejando flotar un cable costero amarrado á la costa: allí se amarrará, despues de haber arrojado un cable intermediario.

Insisto y vuelvo á la descripción de todos esos cables, porque importa conocer su descripción y uso.

Las distinciones de los cables son importantísimas para comprender todos los cálculos que han hecho los hombres científicos de la Compañía, á fin de disminuir el peso y volumen del alambre, sin riesgo de la solidez necesaria.

Los largos de las diferentes secciones fueron determinados por sondeos que revelaron la naturaleza de los fondos, pues nada se dejó al azar en ninguna de las partes de la empresa.

En los antiguos cobres el alma de cobre se componía de un simple alambre redondo, y aunque bajo muchos conceptos esta forma es la mejor, lo cierto es que tiene el defecto de ser frágil, y si el conductor se rompe en un solo punto, se pierde todo el trabajo. La corriente de electricidad se detiene, lo mismo que un sólido tapon impidiéndose que corriera en agua encerrada en un tubo subterráneo. Así pues, se reemplazó el alambre único con siete alambres que ofrecían juntos el mismo peso y trenzados, de modo que formaban una cuerda de cobre. Esta cuerda de cobre, que pesa 181 kilogramos por 1,851 metros, se llama *el alma del cable*. Cada uno de los alambres de cobre que la componen, tiene 1/2 milímetro de diámetro: en el centro de las figuras 1, 2, 3, 4 y 5 se ven estos siete alambres.

El cobre elegido para esta fabricación es muy puro y homogéneo, habiéndose cuidado mucho esta parte de la fabricación, pues es sabido que la presencia de una parte de hierro sobre veinte de cobre disminuye en una mitad la conductibilidad eléctrica del cable. Si se pudiese tener cobre puro químicamente, debería emplearse con preferencia; pero las manipulaciones para obtenerlo son tan múltiples, que con todo el oro de la Francia no se conseguiría.

El alma del cable de la sección de América se compone igualmente de una cuerda de cobre de siete alambres; pero el diámetro de estos alambres es un tercio menor, como puede verse en las figuras 4 y 5 relativas á este cable. La conductibilidad de este segundo cable es pues mucho menor, nudo por nudo, que la del gran cable; pero es suficiente con arreglo á las leyes de la trasmisión eléctrica. Con efecto, está probado que el peso del alambre de cobre necesario por nudo es cuatro veces menor cuando la sección es la mitad menos larga. Como la línea de Duxbury no es el tercio de la línea de Brest, el segundo cable, aunque con menos cobre, tendrá una conductibilidad mas que suficiente.

Si se quisiera hacer que la electricidad diese la vuelta al mundo con una alambre de una conductibilidad como la de la gran línea de Brest á Saint-Pierre, se necesitaría un peso sesenta y cuatro veces mayor, ó sea de unos 3,600 kilos por kilómetro. El peso total necesario sería de 144,000 toneladas de cobre para los 40,000 kilómetros del Ecuador. Los intersticios de los alambres de cobre, así como las mismas cuerdas de cobre, están sumergidos en una mezcla aisladora cuyo secreto pertenece á los constructores ingleses, y que se llama composición de Chatterton. En cuanto á la primera cubierta aisladora, está formada con cilindros de gutta-percha de excelente calidad, y las diferentes capas se hallan separadas unas de otras por capas de composición de Chatterton aplicadas minuciosamente.

En torno de la última cubierta de gutta-percha se pone la cubierta de cáñamo destinada á proteger el corazón del cable contra toda presión demasiado fuerte. Este cáñamo se aplica mojado al cable, á fin de que el agua penetre en los intersticios y descubra los defectos de conductibilidad en las experiencias preliminares á que someten al cable antes de arrollarle en los almacenes del buque.

Hasta este momento todos los cables se parecen, excepto en cuanto al diámetro de los alambres de cobre que forman la cuerda metálica interior; pero como los medios de protección deben ser proporcionados á los peligros que el cable debe correr, naturalmente difieren en unos y otros, si bien el principio general es para todos el mismo. Las armaduras se forman con alambre de acero ó de hierro galvanizado y rodeado de cáñamo, y se diferencian en el número y grueso de estos alambres. El gran cable de mar profundo para la sección de Brest (fig. 1), se compone de 10 alambres de 3 milésimos de diámetro, que soportan cada uno 300 libras, de modo que el todo soportaría 4,500 kilos. Solo el cáñamo soportaría 2,500 kilos, y el todo no se rompería á menos de 8,000 á 8,500 kilos, pues la experiencia ha demostrado un hecho sorprendente, á saber: que la fuerza del cable compuesto es superior á la suma de todas las partes que le componen.

La resistencia del cable de Terranova es menor, pero pasa de 5,000 kilos.

Las precauciones que bastan para la parte destinada á los mares profundos, no son bastante enérgicas para las partes expuestas al roce sobre las rocas y al contacto de las anclas. En los arajes de Terranova había además que proteger el cable contra los inmensos témpanos

desprendidos de los bancos de hielo, y con este objeto la armadura del cable (fig. 1), formada de diez alambres de acero del cable (fig. 1), se reemplaza en los cables costeros con doce alambres de un diámetro de 5 milímetros. Estos alambres de 5 milímetros se sumergen en brea y asfalto y se rodean con 12 trenzas de alambre de hierro galvanizado, compuestas cada una de tres alambres de 6 milímetros, como se ve en el grabado (fig. 3 y 3'). Este sistema de protección se ha empleado igualmente en los cuatro puntos terreros, para la sección de Saint-Pierre á Duxbury. El todo es menos costoso y pesado. La resistencia se ha disminuido mucho. Sin embargo, este cable se parece demasiado al otro (fig. 3 y 3') para que pongamos su figura: solo difiere por un diámetro menor de 3 milímetros.

Los dos cables intermediarios de la línea de Brest á Saint-Pierre representados por la fig. 2 y 2', son idénticos. Los de la fig. 5 que unen el cable de mar profundo (fig. 4 y 4') de Saint-Pierre á Duxbury, son semejantes al anterior, excepto el diámetro de los alambres conductores que es aquí mas pequeño y conforme al del cable que unen á los cables costeros: este último cable de mar profundo (fig. 4 y 4') difiere del de la línea de Brest á Saint-Pierre, primero, como ya hemos dicho, por el diámetro de sus alambres conductores, y luego por su armadura, que es mucho mas fuerte y se compone de alambres de hierro galvanizados de un diámetro de 4 milímetros, formando en su corte una corona prieta.

El grueso cable pesa de 18 á 19 toneladas por nudo marino; lo que equivale á unos 1,000 kilos por 100 metros. Para romperle se necesitaría una tensión de 70,000 kilos.

Si se pusieran cabo con cabo todos los alambres de cobre, de acero y hierro que entran en la composición del cable, se harían 70 millones de metros, casi dos veces la vuelta de la tierra: una sexta parte de la distancia de la tierra á la luna.

El peso total de los cables de mar profundo, de los cables costeros y de los cables intermediarios, es de 8,735 toneladas las dos líneas. Pero esta cifra formidable está muy lejos de dar una idea del peso del embarque. Con efecto, cada cable debe conservarse, como hemos visto, en cubas llenas de agua mientras se halla á bordo.

Si se cuentan las máquinas y aparatos indispensables para la colocación que vamos á emprender, y en la cual *debemos salir bien*, se llega á un peso de 12,000 toneladas.

L. B.

Revista de Paris.

Toda la semana los parisienses que esperan el domingo para distraerse de sus quehaceres cotidianos, tienen la vista fija en las diversiones que les puede ofrecer ese día consagrado al regocijo mas verdaderamente que al descanso. En la estación actual el objetivo se dirige á las fiestas campesinas. Ya se sabe que todas son lo mismo; pero ¿qué importa esta uniformidad característica? Lo cierto es que ellas proporcionan la ocasión para dar un paseo á la sombra de los árboles, para respirar unas cuantas horas un aire puro en vez de la abrasada y bochornosa atmósfera que envuelve á la capital de día y de noche durante todo el verano.

Así sucede que cuando se anuncia alguna festividad que sale de lo comun, la afluencia de gente es imponderable. Por ejemplo, el último domingo estaba anunciado en la residencia imperial de Saint-Cloud un concurso colosal de ciento sesenta y cuatro sociedades de orfeones, músicas de armonía y charangas procedentes de todos los puntos de Francia, que hablando con toda verdad, se puede decir que dejó á Paris sin parisienses. Cuantos medios de locomoción se han inventado hasta el día se emplearon en los trasportes; ferro-carriles, vapores, omnibus, coches de alquiler, vehículos de toda especie, hasta velocíferos, todo sirvió, de todo se aprovecharon los espectadores del concurso.

La fiesta fué larga: el jurado, que se componía naturalmente de los hombres mas competentes, no tardó menos de diez horas en oír á las ciento sesenta y cuatro sociedades, y los aficionados mas recalcitrantes, cansados de música, tomaron por fin el partido de diseminarse por las alamedas á ver correr las fuentes, y principalmente la famosa cascada.

Independientemente de los premios ordinarios, había tres llamados «de excelencia» que ofrecía la familia imperial á cada una de las tres secciones de orfeon, música de armonía y charanga.

Por último, á eso de las ocho se reunieron en un banquete los miembros del jurado, los comisarios y las notabilidades de Saint-Cloud, en tanto que los parisienses que no habían podido tomar por asalto las mesas de las fondas, regresaban como podían á Paris, celebrando la gran fiesta de los orfeonistas de Francia.

Hé ahí pues, uno de esos espectáculos que hacen las delicias de los parisienses encadenados en la ciudad toda la semana; pues por lo que toca á las altas clases, huyen siempre de estos tumultos en que el elemento popular domina tanto. Por lo demás, ya sabemos que las personas opulentas no se dejan ver en el verano en otras fiestas que las de Dieppe, Trouville ó Baden. Allí se encuentra dise-

minada ahora esa sociedad parisiense, continuando su vida de reuniones y de bailes. Allí está esa sociedad que pintó Balzac, y que actualmente ha tomado por su cuenta otro novelista, M. Arsène Houssaye.

¿Qué diferencia de pincel! Pero justo es decir también que la sociedad de hoy se parece muy poco á la de entonces. Otras costumbres requieren otros colores.

Arsène Houssaye, con el título de *las Parisienses* está dando á luz una série de estudios cómicos y dramáticos donde se encuentran cuadros de la vida moderna copiados del natural, y á veces con el aparato fotográfico.

La pasión es por lo regular el asunto dominante. Pero, ¿puede llamarse pasión el amor de la parisiense tal como le pinta Arsène Houssaye?

Oigámoslo. Despues de decir que se ha producido un carácter nuevo en la alta vida parisiense, despues de consignar que en otras épocas los amores duraban mucho, cuando no eran eternos, añade:

«A otros tiempos corresponden otros amores. Hoy se está en la creencia de que los viajes platónicos en las navicillas del perfecto amor, no son mas que leyendas para la gente atrasada. La adoración dura un instante y se acabó: se edifica un castillo de naipes, se deja en la vida un recuerdo mas, y cuando se encuentren él y ella, entrambos se sonreirán, él con una punta de ironía, ella con un destello de sentimiento, caso de que no sea mas burlona que él, y hé ahí el fin de la novela...»

» En otro tiempo (así lo dicen los poetas) se amaba toda la vida; hoy no se pasa de una estación; hace cincuenta años se cantaba aun la semana de los amores, hoy basta una hora.

» ¿Es una degeneración de costumbres? Ciertamente. Y sin embargo, ¿no debemos celebrar que se hayan roto para siempre aquellas doradas cadenas criminales que mostraban muy luego el color del hierro? Eran los presidiarios del amor. Hoy la luna de miel dura un instante. Si la virtud en esto no gana nada, la moral gana algo, puesto que no ha habido tiempo de hacer ostentaciones. Siempre es alguna cosa, mientras llegan los días de la virtud.

» A las que podrían ofenderse viendo á algunas de las suyas pintadas en la fiebre, en la palidez, en las torturas de la pasión, se las podrá decir que las caídas de algunas mujeres hacen la virtud de todas las restantes. Además, ¿cuál de ellas, entre las mas inaccesibles, no ha tenido sus horas de peligro? Despues de la tormenta la azucena se levanta mas orgullosa y blanca con la perla divina en su cáliz. Así es la mujer; cuando atraviesa la tentación sin sucumbir, es mas virtuosa todavía: la perla divina es el sentimiento de Dios que resplandece en su alma. ¿Cuál es la virtud que no ha combatido?

» Mas que el hombre quizá, la mujer está abandonada al espíritu del mal, porque se encuentra menos mezclada en la acción de la vida. Trabajar es orar: yo no pinto aquí á las mujeres que trabajan. Vivir para los hijos es vivir para Dios, yo no pinto aquí á las madres de familia. Llevar su cruz en el mundo, es seguir el camino del cielo; yo no hablo aquí de las hijas de Jesus.

» Las mujeres que yo pinto son las bellas ociosas de la vida, que no tienen para preservarse el escudo del trabajo, ni de la familia, ni de la idea de Dios. Son las reinas del mundo que se hacen esclavas de sus pasiones.»

Esta declaración pone de manifiesto el carácter del libro. Que no se juzgue pues á las parisienses por los tipos mundanos debidos á la pluma de M. Arsène Houssaye, copiados del natural, como hemos dicho ya, pero en ciertos círculos, no en la masa que tanto sedujo á Balzac, y por lo cual su *COMEDIA HUMANA* será siempre el gran libro que deben consultar los que quieran conocer á fondo las costumbres de la sociedad francesa de nuestro tiempo.

Se sigue hablando mucho en Paris de la expedición á Egipto para la inauguración del canal de Suez, ceremonia que se asegura presidirá el sultan, lo que no dejará de lastimar sobremanera al virey de Egipto.

La lista de soberanos, soberanas, príncipes y princesas que asistirán á tan notable festividad comprende hasta el día á la emperatriz Eugenia, á la reina de los belgas, al rey y á la reina de Grecia, á varios archiduques de Austria, á los grandes duques Constantino y Vladimiro, al hijo segundo de Victor Manuel y á la princesa de Hohenzollern.

Esta apertura del canal de Suez tendrá toda la pompa que merece, pues se trata de un acontecimiento de los mas notables que se han visto hasta hoy en los tiempos modernos.

Así es de ver como ya se ponen en emulación los principales puertos mercantes.

Trieste, Génova, Marsella no se descuidan para sacar partido de la comunicación de los dos mares.

Trieste ha enviado ingenieros al mar Rojo para buscar puntos de escala. Se han establecido cuatro compañías en Trieste y en Viena para la explotación de los productos de la India y de la China. Una tiene por especialidad las pieles y las lanas de la Australia, donde los carneros se han multiplicado prodigiosamente, y se ha establecido con un capital de diez millones de florines.

La rivalidad de Francia é Italia no es sostenida por Génova con respecto á esta última; esa rivalidad existe entre Marsella y Brindis, pues el paso de la mala de la India es una cosa de la mayor importancia, y el puerto del Adriático parece que va á triunfar.

Hé aquí cuál será el itinerario desde Paris:

El correo saldrá de Paris el sábado por la noche en el tren ordinario de las ocho y cuarenta, y llegará á Susa el

domingo á la hora ordinaria, ó sea á las nueve y diez y siete de la noche (hora arreglada al meridiano de Roma), lo cual no introduce variación alguna en la relación actual de relojes entre París y Susa. Según la contrata hecha y firmada con la Sociedad de la Italia Superior, el tren especial partirá de Susa el domingo á las nueve y cincuenta de la noche, y llegará á Bolonia el lunes á las cinco y cuarenta y cinco de la madrugada.

Para 389 kilómetros es una rapidez respetable de un poco más de 49 kilómetros, ó de 35 millas inglesas por hora, incluso los descansos. Según el proyecto de contrata propuesto por la Compañía Adriático-Oriental á la Compañía de los caminos de hierro del Mediodía, y que no está todavía firmado, pero que se firmará muy pronto, la rapidez entre Bolonia y Brindis será de unos 45 kilómetros por hora, y los viajeros que hayan salido de Londres el sábado por la mañana llegarán á Brindis el lunes por la noche. Partirán en los vapores de la Sociedad Adriático-Oriental á la una de la madrugada, y calculando la travesía en 82 horas según la contrata con el gobierno italiano (de seis años acá por término medio, no excede de 76 horas), llegarán á Alejandría el viernes á las once de la mañana, ó sea en cinco días y catorce horas desde París.

En Génova, por lo que respecta al comercio marítimo, se ha firmado un convenio con la sociedad Rubattino, mediante el que, sin carga onerosa y perpétua del Estado, pero con un simple anticipo solidamente garantido, se provoca el aumento del tránsito por Génova y otros puertos italianos con Egipto por medio de vapores de gran porte.

En Venecia, se han hecho modificaciones á la contrata ya firmada con la Sociedad Adriático-Oriental, al efecto de prolongar los viajes de los vapores de esta sociedad hasta Venecia, desviando de esta suerte las dificultades que han impedido á la comisión de la Cámara dar á este convenio un voto favorable.

Se espera por último que la Sociedad Adriático-Oriental podrá ayudar al desarrollo de su navegación por medio de nuevos vapores de gran porte que podrán corresponder plenamente á las exigencias del nuevo tráfico.

Concluamos ahora con nuestra acostumbrada revista á los teatros de París, que no obstante la temperatura tórrida de la última semana, parece se conjuraron para darnos á la vez una porción de novedades.

El Gimnasio abrió la marcha con *el Garçon d'honneur*, comedia en tres actos, por M. Garaud, en la que la risa se mezcla con las lágrimas.

Un conde cuyo nombre importa poco, y que profesa acerca del amor la misma volubilidad de sentimientos de que hacen gala los héroes de los libros de Arsène Houssaye padece un esplin insoportable, no obstante los hechizos de una dama á quien en otros tiempos había jurado una fidelidad á toda prueba.

Ahora bien, el aburrimiento del conde reconoce por motivo la aparición de una joven llamada Blanca que por casualidad ha visto, y que ha encendido en su corazón otros amores.

Pero es el caso que un pobre hombre llamado Carpillon pretende la mano de Blanca y es bien recibido en la familia, á pesar de sus cuarenta años: el conde, sin embargo, no se desanima, presenta también su demanda, la familia se divide y Carpillon, que conoce se va á escapar la presa, urde una intriga y pone al conde fuera de combate.

Entonces el infortunado amante emprende un viaje á Italia, y en su ausencia la familia de Blanca recibe una carta en la que se anuncia su casamiento.

— No puede ser, exclama Blanca, que no ha olvidado al conde, muy al contrario.

Y la prueba es que ni con ese antecedente se decide á aceptar la mano de Carpillon.

Con efecto, el conde no se ha casado ni mucho menos, y lo que hace es volver á toda prisa para unirse con la que ama.

Los furores de Carpillon son indescriptibles; pero Blanca le escribe una carta que modifica sus terribles resoluciones, y mucho más aun, le decide á sacrificarse á la felicidad de los dos amantes, bajo la única condición que será su acompañante en la boda, su *garçon d'honneur*.

Hé ahí la comedia que en este rápido análisis ofrece sin duda escasisimo interés; pero que en el teatro divierte sobremanera, gracias á Ravel, que hace el papel de Carpillon con un talento extraordinario.

De la comedia pasaremos al drama.

Hay un teatro en París que se ha formado un propósito muy singular, y es el de permanecer extraño al movimiento literario de nuestros días, rindiendo siempre el culto más acérrimo al antiguo melodrama y al drama histórico tal como le crearon los innovadores de 1830.

A este último género pertenece la obra en cinco actos, que con el título de *Richelieu en Fontainebleau* ha puesto en escena hace pocas noches. Sus autores son M. J. Dornay y M. Mauricio Coste.

El título dice á nuestros lectores claramente cuál es el asunto de que se trata. Es la famosa conspiración de Chalais, en la que tomaron parte tantos y tan altos personajes.

La historia dice que Chalais, después de deber su fortuna á Richelieu, se declaró contra él, merced á las intrigas de madama de Chevreuse, que conspiraba en favor de los príncipes.

Pero el cardenal era hombre listo, y además tenía una policía que no se estaba mano sobre mano, y así fué que

no le costó gran trabajo sorprender á Chalais en correspondencia con la España, lo cual llevó al patíbulo al conspirador, no obstante todos los empeños que por él se interesaron.

Y el cardenal no se contentó con esto, sino que impuso al duque de Orleans un enlace que no era de su gusto, al mismo tiempo que condenaba al destierro á madama de Chevreuse.

Este sangriento episodio histórico que ha suministrado ya materia para tantas novelas y tantos dramas, constituye el fondo de la obra que nos ocupa, si bien sus autores le han desfigurado de tal modo añadiéndole tantos incidentes y complicaciones de su invención, que la historia desaparece casi ante la fábula.

Lejos de nosotros la idea de querer analizar tan intrincado argumento; por nuestra parte diremos que está clase de producciones llamadas históricas y que están muy lejos de serlo, nos inspiran escaso interés; pero también es justo añadir que como en París hay gente para todo, la que frecuenta el teatro del Ambigu se da por satisfecha, y aplaude con frenesí á los héroes y las heroínas de esos panoramas dramáticos.

No en todos los teatros sucede lo mismo.

Por ejemplo, al mismo tiempo que en el Ambigu obtenía un gran éxito *Richelieu en Fontainebleau*, en el Chatelet subcumbia, con todos los honores debidos á su rango, otro drama en seis actos titulado *Botany-Bay*, y debido á la pluma de MM. Brisebarre y Nus.

Y sin embargo, este drama reunía todas las condiciones requeridas, parecía una obra de los tiempos en que florecían las interminables producciones de Alejandro Dumas. El traidor tradicional asomaba su patibularia fisonomía con las intermitencias de costumbre; había un inocente cargado de desgracias, había amores cándidos y virtuosos más perseguidos que si fueran criminales, y desafíos, y todo lo demás que constituye el gran aparato melodramático; pero el público no era el mismo que el del Ambigu; las escenas terribles le hacían reír, y le adormecían las sentimentales.

Afortunadamente los autores son hombres de claro entendimiento, que han dado ya pruebas de lo que valen, y por lo tanto podemos señalar su descalabro en *Botany-Bay* sin menoscabo de su buena y merecida fama.

MARIANO URRABIETA.

Poesías.

UN RAYO DE SOL.

¿Quién no gozó momentos de ventura,
Y quién no halló esperanza á sus dolores?
¿Quién en su árida senda algunas flores
Para ceñir su frente no encontró?
¿Qué ave del mar, errante en la borrasca,
No halló ribera ó roca hospitalaria?
¿Cuál fué el alma en el mundo solitaria
Que una mano de amigo no estrechó?

No nació el hombre condenado al llanto
Siempre al gemir en misera existencia,
Ni en su viaje á llevar por sola herencia
La flaqueza, la sombra y el pesar:
Hay flores en el valle de la vida
Para tejer guirnalda á la frente;
Y nace el sol magnífico en Oriente,
Y se rompe el crespon de oscuridad.

¿Llorar? ¿Por qué, cuando la vida es bella,
Y hay en la creación tanta hermosura?
¿El mundo es un paisaje de ventura,
El alma el santuario del placer!
¿Por qué traer el desaliento amargo
Al empezar la senda de la vida,
Si ella á gozar en su mansión convida
A apagar en sus fuentes nuestra sed?

¡Oh, no juzguéis al cielo bondadoso
Tan airado en sus obras con el hombre;
¡Oh, no penseis que al eco de su nombre
Revienta la irritada tempestad!
¡Ese Dios, que domina en los espacios,
No tiene el ceño torvo, el rostro airado:
En alas de los ángeles llevado
Él crea y no destruye, es Dios de paz!

Él la tierra pobló de hermosas flores,
Con vetas de oro encadenó los montes;
Vistió de luz inmensos horizontes,
Y de estrellas el cielo coronó:
Dió ser al universo, al hombre aliento,
Placer al alma, al corazón grandeza:
Amor para adorar á la belleza,
Para ceñir laureles ambición.

¡Mirad el mar! ¡Tended por sus espacios
La vista, vedlo dilatarse al lejos
Sobre el limpio cristal de sus espejos,
Donde el vasto horizonte va á morir!
Se alza en su seno púdica y hermosa,
De las plácidas ondas halagada
La luna que á la esfera plateada,
Como virgen doliente, va á subir.

¡Ved, cómo nace el sol! Rasga la niebla
Su lóbrego capuz y se abre el día;
Y en una sola espléndida armonía
Se confunden la tierra, el cielo, el mar.
¡Su vigorosa lumbre se derrama
Por el espacio, y á su rayo ardiente
Crecen la flor, el árbol y el torrente
Que hace fértil la vasta soledad!

Rica la roja mies en el estío
Al invierno da pan; y en fruto opímo
La hermosa vid descuelga su racimo
Cuando vemos el sol palidecer:
La lluvia de los cielos descendida
Humedece la tierra, otra vez arde
El sol, y vuelven á venir más tarde
La flor, el fruto, el árbol y la mies.

¡Y tú, mi bien, cuando retumbe el trueno
Y ruja solitario en la montaña,
Y el mar se agite en confusión extraña
Arrancando lamentos de dolor,
En apartado hogar, sin que te asuste
De invierno triste la estación pluviosa,
Me contarás una leyenda hermosa,
La historia de tu amor y de mi amor!

¡Los que os juzgais, errantes peregrinos,
Atados ¡ay! á funeral cadena,
Tended la vista á la región serena
Donde su trono de oro eleva el sol!
¡Ved su rayo de luz! ¡En vuestras almas
Dad luz también al lóbrego vacío;
Rasgad el velo que lo enluta impío,
Y lance altivo vuelo el corazón!

¡Que es templo de placer el universo,
Coronado de inmensos horizontes;
Las nubes son diademas de los montes,
Los astros son el trono del Señor;
El valle tiene alfombra perfumada,
Voz el torrente entre la selva humbría,
El universo espléndida armonía,
Y el alma poderosa inspiración!

CÁRLOS WALKER MARTINEZ.

EL IDILIO DEL PASADO.

(DE GEORGES RUPÉS.)

¡Yo he vuelto á ver el sitio embalsamado
Donde el amor, mi bien, hemos gozado
En la estación postrera,
Con inefable ardor!
¡Mi corazón hubiera reanudado
Ese idilio dulcísimo pasado
En esa primavera!
¡Ese idilio de amor!

¡En nuestra vieja encina aun escuchaba
Que sus variados trinos modulaba
El mismo armonioso
Y dulce ruisñor!
¡El mismo que en las ramas nos cantaba
Mientras que yo á tu oído murmuraba
Con acento amoroso:
Todo tuyo es mi amor!

¡Y vi sobre las flores odorantes
Como lágrimas puras, palpitantes
Las gotas del rocío,
Y me asaltó el dolor!
¡Ay! ¿lo creerás? — ¡Con lágrimas quemantes
Me puse á recordar esos instantes
Que pasamos, bien mío!
¡Nuestro idilio de amor!...

J. T. TEJADA.

Paris, 1869.

La Exposicion

DE BELLAS ARTES DE 1869.

El primero de los cuadros que reproducimos en este número es obra de M. C. T. Frère, y se titula: *el Teatro de Karagheuz, sombras chinescas en el Cairo*.

« Los habitantes del Cairo, dice Malte-Brun, son ávidos de funciones, como los de todas las ciudades populosas, » lo cual no quiere decir que sean aficionados á la buena literatura; « pueblo ignorante, y sin embargo, corrompido, » es amigo de las bromas de brocha gorda que no cansan la inteligencia.

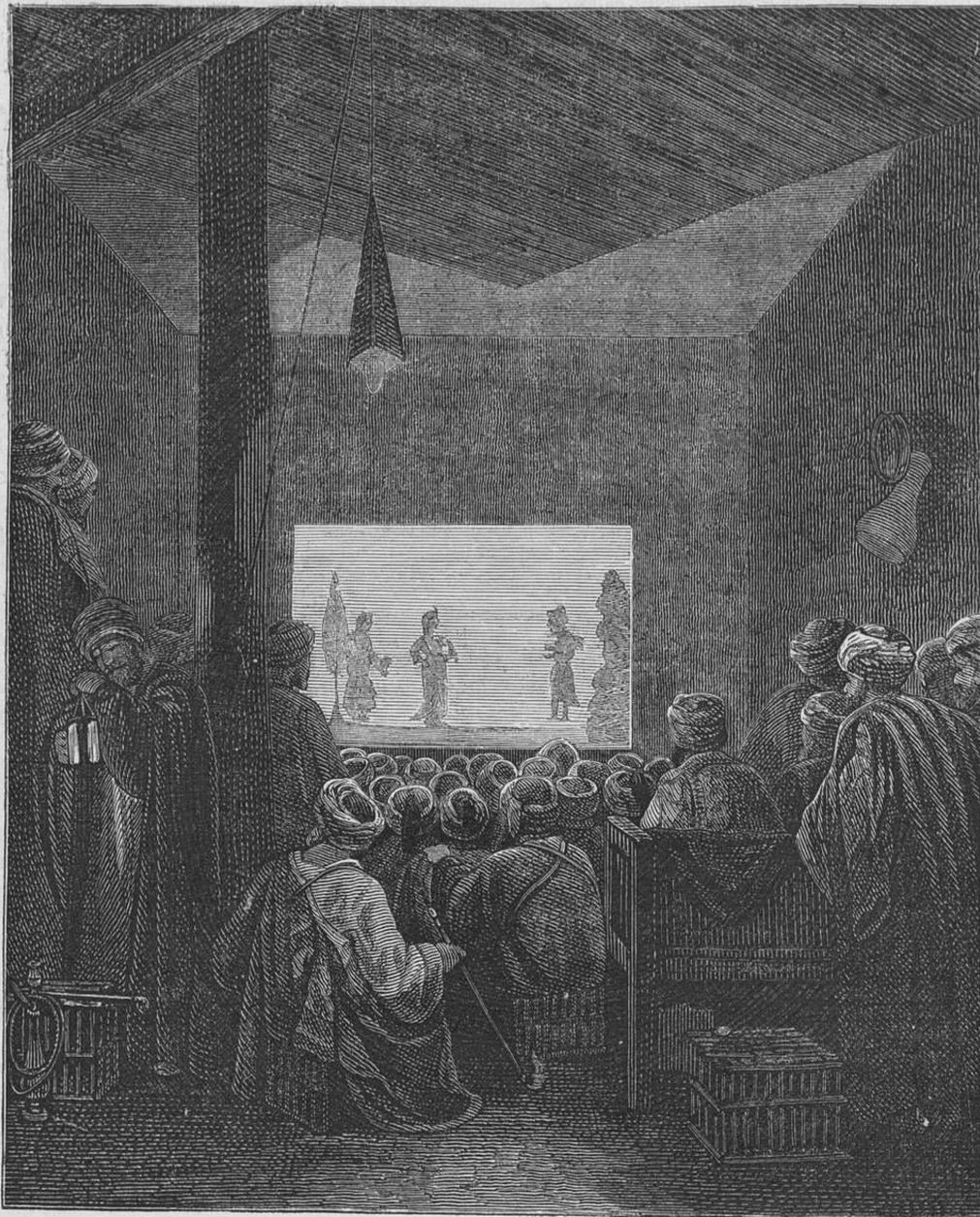
El teatro de Karagheuz es uno de los mas frecuentados, y como es pequeño, las representaciones se suceden en él incesantemente. El público, compuesto de hombres, no se queja de que está mal sentado; las sombras chinescas divierten mucho á esa concurrencia, como nos divertieron á nosotros en nuestros primeros años.

M. T. Frère es uno de los mejores orientistas que hay en Francia, y por lo tanto no exageramos nada diciendo que ha pintado esa escena con gran talento y con mucho respeto por el colorido local. Mediante una feliz distribución de la luz, ha logrado dar carácter é interés á sus personajes que, por la uniformidad de la actitud parecían condenados fatalmente á la monotonía.

El segundo cuadro se titula la *Pesca del arenque en la Mancha*, y es original de T. Weber.

Todo el interés de este cuadro reside en las notables cualidades de ejecución que le distinguen; el movimiento de las olas está bien observado y el pintor ha sabido conservar sus caprichosos matices y su transparencia. No se necesita mas para que M. Weber ocupe un primer puesto entre los pintores de marinas, género bastante abandonado hoy, despues de haber ilustrado á muchos artistas en la primera mitad de este siglo.

A. DE L.



Exposicion de 1869.—*El teatro de las sombras chinescas en el Cairo*, cuadro por M. Frere.

La Francia pintoresca.

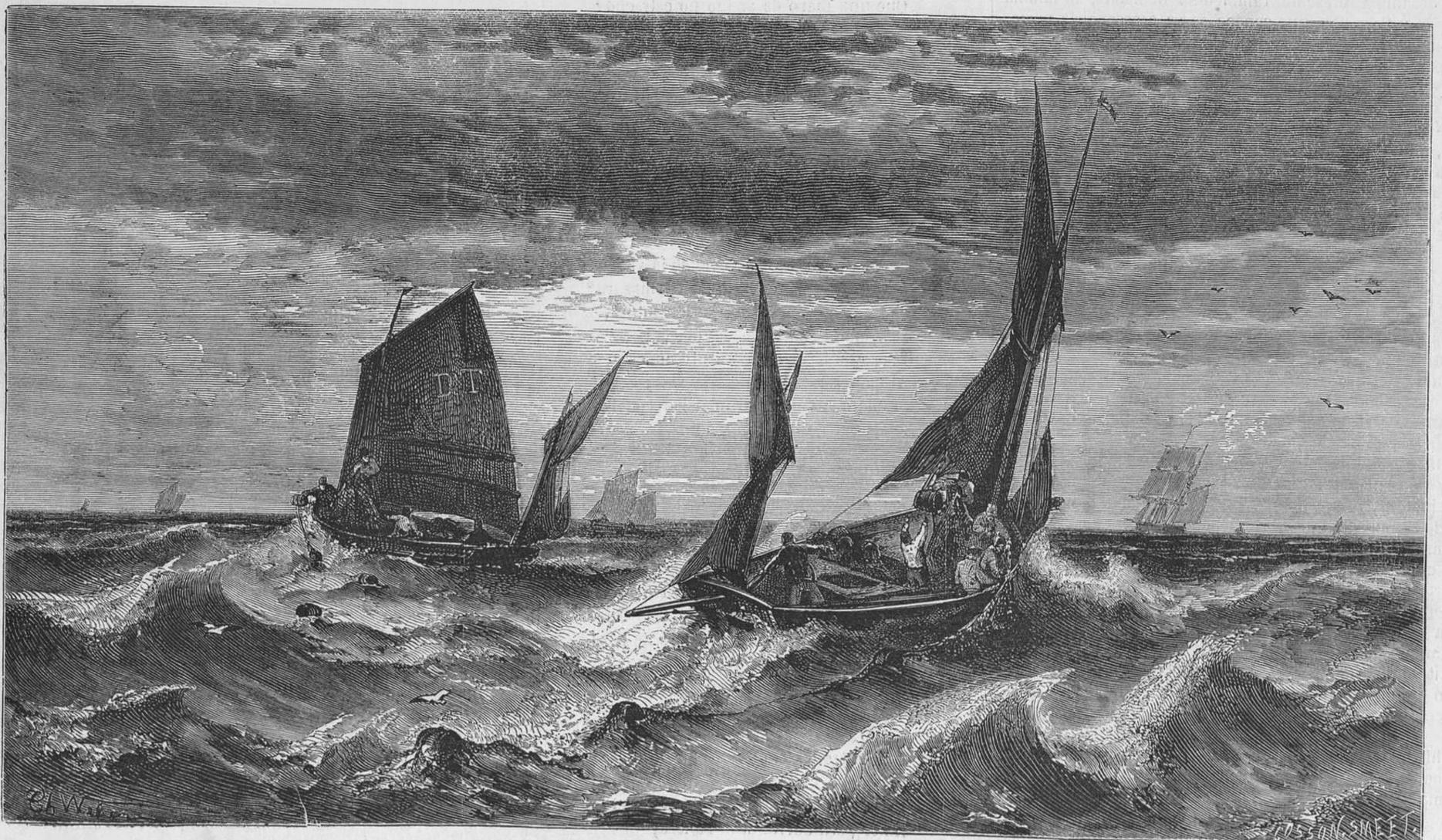
EL DEPARTAMENTO DE LA SARTHE.

(Véase el N° 864.)

Los ferro-carriles que del Mans arrancan hácia todas

ruedas de las máquinas hidráulicas, atraviesan cubiertas de espuma la compuerta que las tiene cautivas, y van á estrellarse de nuevo en los pilares de un antiguo puente de piedra.

Mas arriba en el valle, pero á 7 kilómetros del ferro-carril y de la estacion de la Hutte, Fresnay-le-Vicomte



Exposicion de 1869. — *Pesca del arenque en la Mancha*, cuadro de M. T. Weber.

domina un paisaje de un carácter mas grandioso. «El rio ancho y límpido mina incesantemente la base de su orilla izquierda, erizada de enormes peñas calcáreas que atraviesan en todos sentidos filones exquisitos. Mas allá de estas confusas aglomeraciones, añade M. A. Joanne, se alza á mas de 30 metros sobre el rio, un recinto de antiguas murallas cubiertas de hiedra, detrás de las cuales se ocultan las ruinas del castillo. En la orilla opuesta, las colinas llenas de viñedos y verdura presentan un bonito contraste con esas ruinas pintorescas é imponentes.»

Fresnay-le-Vicomte, cuya importancia iguala á la de Beaumont, sufrió en lo pasado las mismas vicisitudes: su castillo no se conserva mejor que el de Beaumont; pero su iglesia, cuya primera fundacion se atribuye á la reina Berta, es un edificio muy notable de la arquitectura romántica y de la época de transición. La reina Berta, mujer de Roberto el Piadoso, con quien se casó no obstante los lazos de parentesco espiritual, y que debió abandonar despues de haber hecho que se pusiera en interdiccion todo el reino, dejó en esa parte del Maine recuerdos interesantes que viven todavía. Las aldeas de Montreuil-le-Chetif, de Moitron, de Saint-Christophe du Jamchet y de Saint-Aubin du Locquenay, todas contiguas á Fresnay, poseen grandes terrenos comunales conocidos con el nombre de *Grandes y Pequeños Bertherons* ó *Berçons*. Dicese que la reina dió estos terrenos á cada una de esas aldeas. Así es que cada domingo en la misa el cura de Fresnay rezaba especialmente por el reposo del alma de aquella ilustre bienhechora, uso que se mantuvo hasta fines del siglo último.

Arriba de Fresnay el rio corre por las estrechas y pedregosas gargantas de Saint-Leonard y de Saint-Cenery, y el ferro-carril se aleja mas y mas para encaminarse hácia Alençon, donde encuentra otra vez el rio, despues de haber prlongado á la derecha el extremo occidental de la selva de Perseigne. Esta hermosa selva, que cubre una superficie de 5,085 hectáreas, tiene escarpadas cuevas, algunas de 350 metros de altura sobre el nivel del mar, y que forman los puntos culminantes del departamento. Hay allí magnificas encinas seculares, y dentro de un valle se ven las ruinas de la abadía de Perseigne, fundada en 1145 por Guillermo Talvas, conde de Alençon.

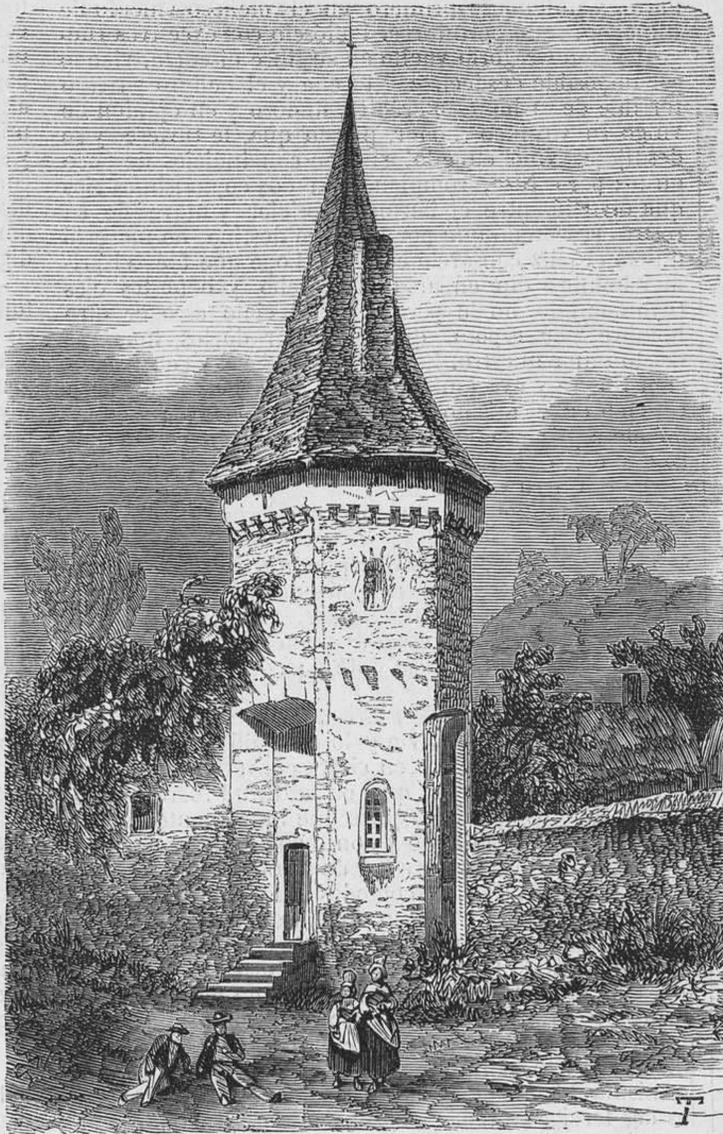
Al sudeste y á 6 kilómetros de la selva de Perseigne, está Mamers, una de las cabezas de partido del departamento de la Sarthe, con 6,000 habitantes, y situado, como ha dicho uno de sus historiadores, «en torno de dos plazas, la una grande y la otra muy grande.»

Terminada esta excursion al Norte del departamento, si se quiere conocer el Oeste, hay que volver al Mans y tomar el ferro-carril de Bretaña hasta Sillé-le-Guillaume, es decir, hasta los confines del departamento.

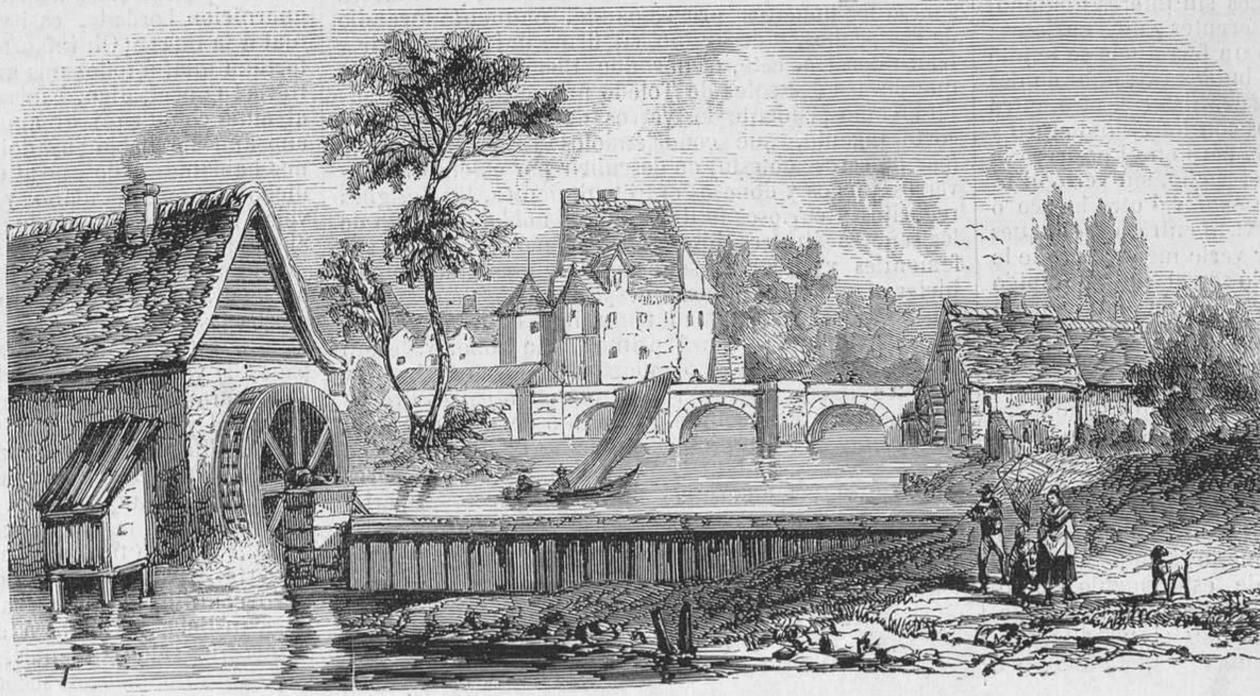
Una de las mas antiguas baronías del Maine, Sillé-le-Guillaume, pueblo de 3,300 habitantes, está situado al pié de una colina de 262 metros, dominada al Norte y al Oeste por una selva de 1,000 hectáreas. Fundada á fines del siglo X por el señor cuyo nombre lleva, pertenecia á mediados del siglo XV á Ber-



Francia pintoresca. — Departamento de la Sarthe: ruinas de la abadía de Perseigne.



Torreón y cárcel de Sillé-le-Guillaume.



Puente y ruinas del castillo de la Flèche.

tran de Beauvau, senechal de Anjou. Los mariscales de Brissac y de La Meilleraye, la princesa de Borbon Conti, el duque de La Vallière, los duques de Châtillon y los de Uzes, figuran despues entre los propietarios de ese importante dominio.

El castillo de Sillé, reconstruido verosimilmente por Bertran de Beauvau, cuyos blasones se ven esculpidos en el torreón, comprenden cuatro torres que se conservan casi intactas, reunidas entre sí por edificios mas modernos que sirven de alcaldía y escuela comunal. El torreón donde estaba instalado hace algunos años el guarda campes- tre, «representante moderno del antiguo defensor de la ciudad,» es una enorme masa de piedra de forma cilíndrica al exterior y poligonal por dentro.

Con 18 metros de altura tiene 14 de diámetro, y se termina en una plataforma almenada y con buhardas que corona una techumbre cónica.

Cerca del castillo, la iglesia de Nuestra Señora, á la que se llega por rampas escarpadas ó por escalones cortados en la peña, ofrece una hermosa portada esculpida de mediados ó fines del siglo XIII. Bajo este edificio restaurado por un buen arquitecto, M. David, se extiende una bóveda subterránea del siglo XII.

La línea férrea que del Mons conduce á Angers por Sablé, atraviesa una comarca sumamente rica en recuerdos históricos y en monumentos de toda especie. Mas allá de la aldea de Allonnes, de cuyo territorio se han sacado muchas antigüedades galo-romanas para el museo arqueológico del Mans, y cuya iglesia es del siglo XI, se enseña el bosque de Teillais, donde Carlos VII, que marchaba contra el duque de Bretaña, se vió detenido por aquella misteriosa aparicion que le volvió demente. Mas lejos, cerca de la Sarthe, la Suze conserva un castillo del siglo XI. Luego se pasa Avoize y el castillo de Pescheseul, reconstruido al estilo del renacimiento italiano, sobre el sitio que ocupaba otra residencia que mancharon con su presencia Carlos IX y Catalina de Médicis.

De la Suze á Avoize el rio describe grandes curvas hácia el Sur, para ir á bañar el castillo de Malicorne, que he salvado del olvido un recuerdo mas puro que el de los Valois: la visita de la ilustre marquesa de Sevigné. La via férrea atraviesa Juigné-sur-Sarthe, que tiene tambien hermosos castillos, y pasa por Solesmes, célebre por su abadía de benedictinos, cuyas admirables esculturas merecerian un estudio especial, para llegar á Sablé, patria del poeta Menage y de la famosa marquesa que fué amiga de Larochehoucauld.

El castillo de Sablé, que no cuenta siglo y medio de existencia, se halla rodeado de ruinas de construcciones de la edad media. En esta magnífica residencia que pertenece al conde de Rougé, se han reunido grandes riquezas artísticas: retratos del siglo XVII, muebles, y medallas antiguas.

Regularmente se sale de Sablé para ir á visitar, á 27 kilómetros al Este, la ciudad de la Fleche, la cabeza de partido mas considerable (7,800 habitantes) que hay en el departamento. La Fleche debió toda su importancia, desde fines del siglo XI ó principios del XII, á la buena administracion del conde Helie, una de las mas bellas

y poéticas figuras feudales de aquel tiempo. El recuerdo de este caballero cándido, como sus contemporáneos le llamaban, no pudo borrarse luego por el de Enrique IV, « que flechés antes que bearnés, » manifestó siempre especial predilección por esa ciudad que su padre Antonio de Borbon y su madre Juana de Albret, habitaron algunos meses antes de su nacimiento en el castillo de Pau. Sabido es que á Enrique IV se debe la fundación del colegio hoy Pritaneo, de la Fleche, para cuyo establecimiento dió el rey su castillo, añadiendo una iglesia y varias construcciones que no se terminaron hasta 1653. Dos estatuas se han erigido al fundador, una en una galería del Pritaneo y otra en la plaza principal de la ciudad. Esta última, que es la mas notable, es obra de M. Bonmassieux, y fué erigida en 1857.

Del hermoso puente de los Carmelitas, construido de piedra sobre el Loir, es desde donde mejor se admira la bonita posición de la Flèche, de la cual decia Gresset, encerrado en el colegio de la ciudad por la publicación de *Vert-Vert* :

Con su clima bastante agradable,
Y sus bosquecillos diminutos;
Su vinillo bastante potable,
Sus no malos concertillos,
Y su gentecita pasable,
La Flèche podría ser amable
Si hubiera cárceles amables.

E. P.

Curiosidad literaria.

Cinco novelas

ESCRITAS CADA UNA DE POR SI SIN LETRA VOCAL,

P. D. S. D. R.

LOS DOS SOLES DE TOLEDO,

NOVELA PRIMERA ESCRITA SIN LA LETRA A.

(Continuacion.)

Don Pedro dió orden de que en su domicilio estudiase, y en él recibiese todos los remedios convenientes; pero despues de muchos que no fueron de provecho, fué Dios servido que mejoró (que el remedio del tiempo suele ser el mejor récipe.) Y porque se divertiese de sus tristes suspensiones é inquietudes que muchos dijeron ser hechizos, siendo solo un intrínseco y vehemente incendio procedido de lo refinado de un bien querer, desentendiéndose de su objeto y sin logro de reciproco tributo, le trujo don Pedro su tío por eminente doctor egipcio, de estos que sin serlo con invenciones y embelecios y con titulo de pobres corren todo el mundo. Este, pues, que como diestro invencionero primero se informó del origen de su dolor, empezó con referirle el nombre de don Lope; y conociéndose en los ojos ser nombre de virtud, dijo que con pocos nombres, números y signos que él escribiese con cierto licor en un poquito de cuero curtido de puerco espin, y con que Nise los trujese junto del pecho, si en menos de un mes don Lope no viniese, no solo no le creyese si otros remedios diese, pero que le diese mil muertes por suplicio de sus delitos. Dióle Nise un doblon porque los escribiese, y respondió que lo diese por hecho si el cuero del puerco espin se pudiese descubrir, y pidióle se divertiese en entretenimientos de gusto y diferentes juegos, y se entretuviesen en oír sonoros instrumentos y voces de selectos músicos, porque de este modo dispuesto el sugeto, el remedio surtiese mejor efecto y que si quisiese ver de sus juegos sin interés ninguno, cinco ó seis brincos de boleó diferentes y muy curiosos; dijo Nise que sí, y él pidiendo un ferretuelo se tendió en el suelo, y luego sobre los buidos extremos de dos estoques que sobre él puso en cruz, hizo con otro entre los dientes sus boleos ó brincos con ligerísimo curso y gusto increíble de los presentes, pero en el postrero le fué infeliz su destino porque del pecho, sin verlo él ni sentirlo se le descolió ó se le desenvolvió otro brinco ó joyel de oro que de todos fué visto entre los estoques del suelo; y pidiéndole Nise por verle mejor, porque le contentó por lo curioso, conoció ser el mismo Cupido de oro y rubies que Mitilene recibió de don Lope en retorno del bolsillo como en el principio dijimos.

Publicóse luego el hurto, y don Pedro dió orden de que el egipcio fuese preso si no dijese lo cierto en todo, quién se le dió, dónde le hubo, por qué negó fuertemente y dijo que le compró en Burgos; pero convenciósele presto porque él mismo con el miedo de ser preso, se equivocó y dijo que no quiso decir sino Burguillos, porque en este pueblo se le dió cierto señor heredero; pero mintió en todo, porque el nombre que él refirió del heredero fué supuesto y fingido por ser muy conocidos en Toledo los de este pueblo; pero viéndose en el preciso riesgo, temiendo ser por este hurto y por otros puesto en tres leños si no dijese lo cierto, confesó que en Yepes lo hurtó; y que en ciertos

floreos que hizo en el domicilio de cierto hombre humilde, le hubo de su mujer con cierto embeleco.

Diéronle todos crédito, y permitiéronle se pudiese ir libre donde quisiese: y Nise prendiendo de un cordón, color celeste, de un botón de jubón el Cupido dentro, le puso como jolel sobre el pecho, y en él fijos sus hermosos ojos, bien que los del espíritu en don Lope.

Retiróse Nise, y don Pedro hizo luego con el corregidor que diese orden como de Yepes viniesen presos Mitilene y don Lope, como muy en breve se hizo porque los cogieron de repente y en poco ruido, y queriendo el corregidor que los pusiesen en el puesto, sitio común de los presos de Toledo, no lo consintió don Pedro y pidió les diese por prisión su propio domicilio, como se hizo, porque él se entregó de ellos como fiel custodio y confidente: y por si lo impidiese Nise ó don Gregorio, se obligó con sus juros y vínculos de responder por ellos y cumplir lo que en juicio se decidiese.

Usó de esto don Pedro, por entender que con ellos convenciese los unidos designios de los reos y los pudiese dividir, teniéndolo por mejor que no que en consorcio se uniesen, respecto del intrínseco odio que siempre tuvo con los progenitores de don Lope. Procuróle por mil modos, rogóselo ofreciéndole riquísimos dones y subidos intereses, probó períodos de rigor, mezcló tiernos sentimientos, hiciéronlos excesivos Nise y don Gregorio, viendo perecer sin remedio sus fervorosos intentos y pretensiones; pero los dos ilustres presos, unidos y conformes en su firme y eminente querer, siempre resistieron firmes, siempre finos y nobles; y viéndolos don Pedro resueltos y ser imposible convencerlos, mudó de intento, y se deliberó en consentirles su consorcio, si conformes Nise y don Gregorio, y uniéndose primero en el dichoso vínculo de himeneo, se lo permitiese. Pidióselo con excesivos ruegos; y don Gregorio vuelto en su libre discurso, viendo ser imposible desdecirse Mitilene y el peligro y riesgo terrible de su honesto crédito, dudoso y en opinión de vulgo su virgíneo honor, puesto que le tuviese y se desdijese, vino en ello, si bien con indicios de poco gusto; pero Nise, rompiendo en dos copiosísimos rios que divirtió entre el hermoso rosicler y nieve de su rostro, respondió que por su poco destino, no mereció unirse el feliz consorcio con don Lope que fué el primer hombre que en su noble pecho y honestos ojos tuvo dominio, no le permitiese el cielo escoger otro hombre por esposo, que el mejor de los hombres Cristo señor nuestro. En esto se deliberó y con resolución ilustre y excelente, en muy breve tiempo entró en religión en el mismo convento donde estuvo; y despidiéndose primero de Mitilene y de don Lope con tiernos coloquios, si bien con gozo interior de su mejor elección, les dió su Cupido de oro y les pidió mil perdones de lo mucho que por su respeto sufrieron de disgustos, tormentos y descomodos: y porque viviesen ricos y con gusto, por público instrumento, les dotó todo lo que de sus progenitores heredó en censos, que fueron poco menos de doce mil escudos, y solo exceptuó un vínculo de quinientos escudos perpétuos, de buen cobro, de que se cumplió su dote y se desempeñó el convento.

Y enterneciéndose don Gregorio con este heróico ejemplo, prometió seguirle y lo cumplió porque muy en breve entró religioso en cierto convento de Recoletos, y todos sus bienes que en multitud fueron poco menos que los de Nise, quiso que brevemente los poseyese y hubiese Mitilene y don Lope, pidiéndoles primero perdon de sus yerros y de lo mucho que por él sufrieron de prolijos descomodos é infortunios. Querer en breve referir el contento de Mitilene y don Lope en verse libres de sus opuestos émulos y competidores, y verse señores de todos sus bienes, téngolo por imposible, sino es con decir, que fué infinito porque luego dispusieron el efecto de su consorcio y porque del todo fué venturoso, don Pedro fué el primero que se lo suplicó y solicitó, porque no solo los perdonó é hizo que lo mismo hiciese el corregidor que le dotó de presente los dos tercios de todos sus bienes, censos, vínculos y muebles, con que viviesen juntos, y que por su muerte libremente los poseyesen todos; con que tuvieron felicísimo fin sus inquietudes y persecuciones, y venturoso suceso los honestos progresos del eminente incendio de sus pechos, y de lo fino, su firme union en sufrir y bien querer. Este, señor don Diego, es el discurso que de los dos soles de Toledo prometí referiros; suplid como prudente los yerros de mi tosco pincel y corto ingenio, que conociéndolos por primero, deo (por no seros molesto) de descubrir por extenso los diversos juegos y donosos entretenimientos, los insignes regocijos y curiosos festines que el noble concurso de los señores ilustres jóvenes de Toledo con el de sus femeniles y peregrinos sugetos ó hermosos Querubines, hicieron en este célebre desposorio. Y deo por lo mismo de referir por menor multitud de heróicos y líricos versos que con mil primores en honor y decoro de los felices consortes, compusieron selectos cisnes y eruditos ingenios y se repitieron en músicos instrumentos. Pero si excedí por difuso ó perdí por prolijo, discúlpeme el fervoroso deseo que es de serviros, y de que os goceis y contentéis por felices siglos, prósperos siempre, y libre de críticos émulos los sucesos superiores siempre y libre de envidioso culto los contentos. De este pobre domicilio hoy lúnes.

LA CARROZA CON LAS DAMAS,

NOVELA SEGUNDA ESCRITA SIN LA LETRA E.

Burlasca.

Por mil caminos y infinitos modos, con varios significados y apodos, títulos y sinonimos, procuraron los antiguos filósofos adjudicar y atribuir inconstancia y fragilidad á la vida humana: unos la llamaron pompa vana; otros aquatil ampolla; otros inútil humo frágil caña; ajada flor, oscura sombra, móvil átomo, mínimo soplo: mas por una via ó por otra todos vivían; unos con trabajo y disgustos, y otros con gustos y risa. Dos hubo por contrarios caprichos famosos; uno todas las cosas humanas abatía con mofa y las plañía con sollozos y costosas lágrimas, otro las atribuía todas á chacota y burla, y las ultrajaba con aplausos y dilatadas risas. Para gustos no hay disputa; mas yo al último doy mi voto y inclino mi ánimo. Su opinion sigo y juzgo por mas sabia: *Labuntur anni*, de Horacio; y para tan poco como dura la vida, no soy aficionado á higados podridos ni á podrir los míos. Si cayó ó no cayó la muralla ó castillo, nunca lo lloro ni lo riño; nunca lo litigo ni lo apuro: allá lo halló Marta con sus pollos; mas si no soy filósofo, como dijo algun crítico, soy católico cristiano y las lágrimas guardo solo para llorar mis culpas; mas la risa y gustos para comunicarlos á mis amigos mas caros y íntimos, y una burla donosa la sublime con particular gozo; mas si alguna hago acaso, al punto mi contraria fortuna toma á su cargo la satisfacción y paga con los daños, costas y cambios y pronosticando airada con amagos mi ruina por los mismos filos, ó con mis propias armas ultraja y aniquila todos mis gustos; y si no, dígalos la carroza con las damas, tan divulgada como aplaudida, dará asunto, motivo y título al jocoso discurso: mas para ahorrar y acortar circunloquios, don Luis soy, por disfraz la fábrica os dirijo, y así digo:

— Los dias atrás, una mañana á las cinco fui, don Antonio amigo, á buscar al canónigo don Juan Tamayo á su casa, y como madruga tanto, al subir por San Francisco á poca distancia vi dos carrozas; mas por lo pulido y curioso y por la dorada clavazon y franjas, conocí la suya; fui por no malograr, ¿mas cómo sin pintar paso la gran Lisboa, su gallardo sitio, su grandiosidad, su aparato, su adorno, su brio, su concurso, su primor, su valor, su hidalguía? Gran ocasion por Dios á dar lugar la prisal! Mas no faltará otro dia. Volvamos á San Francisco.

Fui, digo, por no malograr la ocasion atajando camino y aguijando aprisa, mas como no hay atajo sin trabajo ni gusto cumplido, junto á la misma cruz topo al guardian y al ministro: vi frustrado mi gozo, baldado mi designio con pláticas y mas pláticas; atajaron por un rato mis pasos, mas yo orgulloso, sus prolijas palabras. Y al doblar la punta continuando mi camino hácia lo llano, á pocos pasos halló á don Alvaro con don Francisco y otros dos camaradas, todos amigos míos, muy á lo bravo y á lo ruso, parado junto á la carroza y como por brújula hablando á la popa uno, y otro á la proa, y dos á los dos lados, las cortinas casi corridas, y yo mucho mas notando, parado y confuso, pálido y atónico; la hatahola, la risa y la barahunda, carcajadas y aplausos, dirigido todo (asi yo lo imaginaba) al oculto canónigo; mas porfiando cuidadoso con la vista, vi costosas galas y rizados moños, vi un donoso y rico abanillo, vi otros curiosos atavíos y joyas, y una blanca mano. ¡Ay honor! Causó al alma rigurosos alborotos; ¡oh cuántas cosas dudó la fantasía sin apurar ninguna! Mas no dando jamás lugar la honra, partí al punto cual iracundo rayo; cogí con la mano la cortina, y vi cuatro disfrazadas damas tapadas con los mantos, las caras no muy briosas, mas con las muchas galas pomposas y gallardas á mil maravillas, y por un jubón bizarro y otros ricos adornos blanco todo y con costosa guarnición bordada, casi ya sin dudar, conocí por mi mal á la una: ¡Oh infausto dia y hora! ¡Oh infausta fortuna mia, á todos mis gustos y dicha rigurosa y contraria! Conoci, digo, á mi adorada prima, joya tan grata al alma como aquí al alma y á mi amor ingrata. Un año aun no había ¡ay dolor! año no, ni con mucho nos habíamos dado uno al otro con amorosos lazos para dicho consorcio, mano y palabra jurada; y aquí la veían mis ojos con disolucion tanta, hablar y admitir al traidor don Alvaro y acariciar á sus ociosos y prolijos camaradas; mas los falsos amigos, notando todos mi locura y accion bárbara, y como con rabia y furor sacaba las armas, al punto á cuchilladas procuraron la injusta satisfacción y cobraran sus grandiosos bríos la paga, si yo junto al ingrato don Alvaro, no mostrara valor para dar á todos la misma; mas como morir con atrocidad y tan aprisa ninguno lo codicia, aflojó su furia y al dilatado camino comunicaron pálidos sus plantas. No vi nunca tímidos gazapillos acosados por furiosos galgos aguijar mas haina; onza africana, ni pavoroso gamo no corrió jamás con tanta prisal: (*Timor ad didit alas*) no tuvo aquí mal lugar. ¡Oh gran Virgilio inmortal, viva tu fama! ¡Grandioso aviso!

Yo confuso, mirando á las tapadas damas gritar justicia, justicia, invidiaba á sus láparos ó á mis amigos gazapos las aladas plantas, mas á tal susto San Francisco glorioso dió fácil socorro á dos brincos á su por-

tada y patio sagrado, afianzando mi vida. Ya mas aliviado y sin fatiga, guiaron dos piadosos coristas hacia la capilla mayor mis dudosos pasos, y bajando otro una curiosa y rica alfombra y blanca almohada, minoró y mitigó algo mi gran cansancio, mas no mi furor y rabia. Dos horas pasaron, y á siglos cundian mis ansias: multiplicábalas mi agraviado honor, discursando si habria mi prima acaso dado para alguna novia sus galas y joyas á la tapada dama, ó acaso la tapada hurtándolas á la novia ó á mi prima; discurría cuán poca razon tuvo mi arrojada osadía para quitar á un intimo amigo, por tan poca causa la vida, solo por indicios fantásticos sin apurar agravios; mas al punto cual mastin rabioso, volví al vómito imaginando no un agravio solo, sino infinitos. Admiracion, dolor y lástima causaba solo mirar como sin parar y á porfía mi corazon, alma y ojos brotaban vivas llamas, profundos suspiros, activas y fogosas lágrimas. Mas, ¡oh santo Dios! ¡Oh bondad infinita, cuánto mas profundos son tus divinos y ocultos juicios! Cuando yo mas airado, cuando mas rabioso y loco brotaba llamas, vibraba rayos y obraba locuras, ví á don Francisco y al difunto don Alvaro ya vivo y sano bajar los dos al curioso claustro con gran risa y cruzar hacia mi capilla; yo mirándolos y divisando al difunto no podia formar palabra; un sudor copioso y frio bañó todo mi rostro, y mi forma la juzgaban todos duro mármol. Los dos en fin con disimulo, á lo socarron muy fruncidos junto á mí, por no ocupar las húmidas losas ocuparon mi alfombra, mas para atajar y comprimir la risa, á ninguno valió la traza ni la industria, y así los dos con amorosos lazos mitigaron mi suelo; mas yo todavia dudoso, confuso y atónito los miraba sin hablar palabra, y don Alvaro con particular gozo, primor, y agrado, ganando á don Francisco por la mano, así dijo:

—Yo, don Luis amigo, á Dios gracias sin ocurrir milagro, ando sano y robusto, vivo con gozo y rico, logro salud y amigos, y nunca fui difunto ni tampoco os fui traidor ni amigo ingrato; dad á la afición gustosa ánimo pacífico y gratos oídos por un rato.

Don Francisco, y yo, con otros dos amigos salimos hoy á las cuatro á holgarnos al campo; y como mayo convida con sus floridas mañanas, habíamos trazado para mi ardid una holgura, y codiciando todos convidar al canónigo don Juan Tamayo, por su donoso y sin singular capricho y por su agrado y salada plática, asomó su carroza; aguardamos un rato, y parando junto á nosotros, vimos cuatro damas no muy brías, mas tan lucidas y gallardas, como ya conocidas por horribos monstruos ó por jocosas tarascas ó notad su gallardía y pompa.

La popa ocupaba Rufina la mulata con sus astros, cuchillada por la cara, tan ruin y picara como sus obras publican. La proa autorizaba Polonia la socarona, con su ropa, nariz y agigantada cara, cuyo color lustroso muchos invidian para sus zapatos, y cuya carrafal y guindal boca á la abrasada Angola solia llamar dichosa y cara patria, linda dama. Las otras dos iban á los dos lados, con las cortinas bajas; á la una nombraban Gracia, mas con tan poca como sus ojos anunciaban, uno casi sin luz, y otro sin niña, mas muy blanco y los párpados tan colorados como una apología ó rubicundo libro: no os lo sublimo poco si ya la fama os comunicó (como algunos curiosos sin título y asunto: al otro lado iba la gran bufona Marigorda tocada al uso con gran moño, carton y bobo, manto con puntas, abrigo anillo, muchas joyas y galas, y con tanto soliman por las manos y cara como cuando una novia atabacada ó pardiña, con ojos los procura cubrir para la boda la basquiña, jubon y ropa todo blanco alcarfado con plata: la guarnición bordada y costosa. Y como al subir vos la calzada os vió, dió un grito tapando la cara y dijo: ¡Ay amigo don Alvaro, don Luis asoma: mas ya paró! ¡Ay Dios! si conoció la ropa, jubon y basquiñas, si las conoció pagáralo su amada prima, cuyas las galas y las joyas: su criada y mi amiga Lucia las hubo todas por tramoya ó ganancia con disfraz. Nombrando á su ama pidió al canónigo Tamayo la carroza para una Maya; yo lo soy, y con mis damas voy ahora á una grandiosa quinta junto Alcántara y hoy soy allí la Maya. Dijolo la picara con particular gracia, y yo y los amigos no podíamos comprimir la risa: mas prosiguió y dijo: No os riais, tontos, yo soy la Maya; mas mirad como asustado y conflictivo nos mira don Luis y apurar procura si soy ó no su amada prima, linda maula: mamá por Dios con toda su arrogancia: ¡Oh cuitado y cómo anda loco! Cuchilladas nos pronostican sus delirios, y su puñal fulmina rigurosos amagos á mi vida: ¡Oh con cuánta facilidad domará yo su furia! Si alzando yo ahora un poco la cortina mi rostro su amor facilitara y mis garzos y divinos ojos á pasión conmovidos arrojaran su luz clara; mas no soy tan su amiga como imagina. Corrian tras mí los otros dias unos muchachos á toda prisa, y mirándolos don Luis, no solo no quiso apartarlos, mas al ir yo llorosa y afligida los llamaba y juntaba, y con rigurosa aguja los armaba y á mi daño los animaba y los forzaba y inducía conspirados; los mas osados y animosos alavaba y aplaudia: ¡Oh taimado! Hurdamos don Alvaro (si gustas) una linda y famosa burla, quizá pagará y amargará mis picadas arañas y sopapos. Vos como mas gallardo, solicitud á porfía mis amorosos brazos; fingido así por mi vida, y los camaradas finjan lo mismo con mis bizarras damas. Don Luis nos mira, si imaginando agravios saca la tizona y los apura á cuchilladas, obligándolos á todos á guiar por otro camino, abonara su favor como honrado; mas si procura huir como yo lo hacia, mostrara su cobardía como vil, apocado y flaco. Y por si acaso

la fortuna ama sus bríos, y á su honrado y animoso furor da como airado, favor y ayuda, amparando como mayor dicha su causa: no haga ninguno mucha instancia por domar su furia, mas á pocas cuchilladas caiga uno como difunto á sus plantas, y pida gritando ó como con ansias confision, y huirá don Luis; y cuando no lo haga, todas mis damas al punto gritarán justicia, y con tal vista huirán sin duda y pagará los míos. ¿Aprobaislo así, damas? Si aprobamos, gritaron todas: y hablando conmigo y con los amigos dijo: ¡Y vosotros no lo aprobais, camaradas? Si, aprobamos, todos dijimos; y aplicando las manos á la labor, la gran risa y chacota y las fingidas damas y hurtadas galas ocasionando tantas y tan horrosas dudas, os provocaron don Luis á sacar las armas, acuchillamos á todos, y á pagar con tal picon á la picara sus picadas y arañas; mas si al susto ó cuartana pasó ya la furia y os hallais con mas ánimo, vamos con los amigos mismos á la quinta y pagaré la bufona con otra mas famosa burla y con dobladas costas y alcabalas. Particular gusto causó á todos la tramoya, mas consultados los votos, tuvimos por mas cómodo irnos á casa á tomar algun alivio: así lo hicimos todos, llamamos algunos amigos, y don Alvaro por mas aplaudir la burla, hizo llamar algunos músicos amigos suyos, y así cantaron á la arpa. Un criado mio lo trasladó todo; y mas si no os agrada la música, no la admitais; pasad la prosa.

Amor, si son tus tratos tan doblados,
Si tus glorias son ansias, y fatigas,
¿Cómo á buscar tus glorias nos obligas,
Si das por pagas, gustos y cuidados?

Si á los mas animosos, mas osados,
Ultrajas, aprisionas y castigas,
¿Cómo si por mas tuyos mas los ligas,
Podrás jamás ganar, amor, soldados?

Mas sin duda dirás, razon lo ajusta,
Si con trabajos yo lo satisfago,
Nunca son los trabajos paga injusta.

Glorias los llaman, y con glorias pago,
Si cuando su valor no hay paga justa
Su paga y su valor inmortal hago.

Mudaron de tono, y así cantaron:

Todos. No hay razon
Para tantas fatigas,
Niño amor, no hay razon.
Dos. Si hay razon.
Todos. No hay razon, niño amor,
No hay razon.
Uno. Fatigas, si minoraron,
Dichas son.
Otro. Si, mas cuando no acabaron,
Fatigas son.
Dos. No son.
Otros. Sí, son.
Todos. No hay razon, niño amor,
No hay razon.
Uno. Fatigas amor causa
Por abonar sus dichas,
Sus disgustos no matan,
Sus gustos dan la vida.
La vida amor la alarga,
Su prision nos lastima;
Ricos son sus soldados,
Cuando amor los alista.
Por disgustos dan glorias,
Por los trabajos Indias,
Dichosas son las almas,
Cuando amor las cautiva.
Todos. No hay razon para tantas fatigas,
Niño amor, no hay razon.

Acabada la música nos fuimos á la quinta; mas contaros yo ahora cuánta risa y gozo causó la bufonil tramoya y su donosa solucion contada por don Alvaro, contaros cuánto gusto y alborozo añadió cantada y añadida por los músicos, cuando la sublimaron los coristas, guardian y ministro, canónigo y amigos cuando la oían, y unos á otros la cantaban; contaros la gustosa jornada á la quinta, y cómo quitamos á la dama bufona y á sus pícaras damas todas las joyas y galas; contaros cuánto lo sublimó mi adorada prima y cuánto la aplaudió cuando supo como amargaron la risa y los gustos; cansárais todo ahora, y sin duda mañana ú otro dia os lo contaré mi mal cortada pluma, quizá convidándoos para la boda, con avisaros dia y hora cabal, por cuanto por horas aguardo un propio con bulas. Ya para carta basta y aun sobra; mas la amistad lo ocasiona ó suaviza para mayor honor, primor y ornato. Al hispano idioma una vocal falta y no las hay, sino su mayor amiga, ó la mas difícil y trabajosa; sobrarán otras muchas; faltas digo, no lo dudo, así lo afirmo;

mas si lo dudais como amigo, consultad por árbitros á algunos críticos ó prolijos cultos, y apurarán los mas ocultos átomos: á otra sin la mia trasladaron algunos por curiosa; y para alabarla atribuian unos á mi la fábrica y á otros la traza; y al contrario, otros á mi la traza y á otros la fábrica: y juro por Dios, no vi jamás ninguna; mas por no hurtar Alamucio á las suyas históricas la norma lagas y malas, hago alto. Adios don Antonio, amigo, adios hasta mañana. Casa, Domingo. Don Luis.

LA PERLA DE PORTUGAL,

NOVELA TERCERA ESCRITA SIN LA LETRA I

Los árboles ó las plantas, señor don Fernando, por los frutos se conocen; pero los hombres por sus obras. Bastantes eran las de usted tan excelentes, como de sus doctos papeles nos encarece la fama á acobardarme en este; mas el que hace lo que puede, cumple con lo que debe. No dudo que cuando algunos le lean, por su contestura tosca, por sus mal formadas palabras, conozcan al dueño; pero valdrame la traza, que al que buen árbol se llega, le cubre buena sombra. De la de usted me amparo, á ella le consagro, á sus plantas la voluntad de deseos opulenta postro, no la obra que como perla de Portugal la nombro, la deseo en sus manos, tanto porque en el esplendor se apure cuanto porque no se atrean émulo mordaces á exagerar sus faltas. No me valgo para este efecto de terceros poderosos porque la mucha merced que usted suele hacerme, me asegura que será esta novela acepta con buen semblante. De el de las terceras me valgo, pues la de las vocales solo por el nombre no pudo agradarme. No creo que me hará mucha falta; mas porque puede engañarme, usted con su cordura atento para mas honrarme lo note.

En esta mjaestuosa córte de nuestro famoso Portugal, cabeza de las generosas comarcas de su real corona, ó corona de todas las de España, por la mas populosa, opulenta, grande, generosa. En esta, por su fundador, sagaz como elocuente, tan aclamado por noble como por su notable puesto ó por el afable puesto de sus astros, célebre, templada, agradable. En esta por su capaz ó anchuroso puerto, monstruosas naves, hermosos montes, alegres collados, levantadas torres, elevados alcázares, poderosas aduanas, notables rentas, arrogantes plazas, numerosas fuentes, espesas calles, amontonadas casas, famosos templos, devotas hermandades, suntuosos conventos, nobles solares, doctas escuelas, valerosos caballeros, gallardas damas, tan decantada en todas partes por la mas rara, perfecta, notable; ¿pero dónde vas pluma? ¿Dónde te engolfas? tente; ¿eres acaso de Apeles? ¿Podrás con tu corto caudal retratarla? No, por mas que te canses; pues volvamos al puerto.

En esta, pues, célebre córte, cielo ó soberana esfera, mapa ó resumen breve de las grandezas de todo el orbe, tuvo venturoso albergue, como otros muchos forasteros, un caballero toledano de la memorable casa de los Mendozas, mozo de alentados respetos, galan, esforzado, generoso, tan valeroso por su brazo como á todos agradable, por el honroso proceder de su gallarda persona; la edad gozaba no menos próspera, pues apenas contaba cuatro lustros no poco lustrosos, pues además de tan amables partes, los adornaba la colorada cruz de Calatrava al pecho, con ocho cuentos de renta de buen cobro, todo en censos, que heredó de su padre; no el deseo de aumentarlos, pero el de pasar á Flandes para merecer por la guerra, cual otro Alejandro, nuevos blasones, era el que su noble sangre alentaba á ver mundo: este el que del regalo de su casa le apartaba, este el que del favor de sus deudos le alejaba; mas para que en todo su fortuna le fuese favorable, lo trazó de modo, que por falta de algunos aprestos, ó por falta de retardados despachos, le forzó á tomar por algunos meses casa, la cual por estar entonces desocupada, fué en la calle Real de Loreto, enfrente de las de un portento raro de belleza, sol hermoso de todo aquel contorno, aunque otros celebraran mas su buena suerte, pues á don Carlos de Mendoza, que este era el nombre del gallardo mozo, poco alborozo le causaba, poco se desvelaba por ver ó dejar de ver tanta hermosura; pues en mas de dos meses, con tenerla enfrente, apenas supo que doña Leonor de Guzman se nombraba esta hermosa perla, la huérfana la llamaban comunemente, como á la del real tesoro los caballeros todos, porque en todo Portugal nunca hubo otra hermosura tan perfecta; tan celebrada era por este nombre, como en Flandes su padre por el de don Tello de Guzman ó por el renombre de valeroso; la edad poca, mas era de catorce años, el garbo extremado, la cordura mucha.

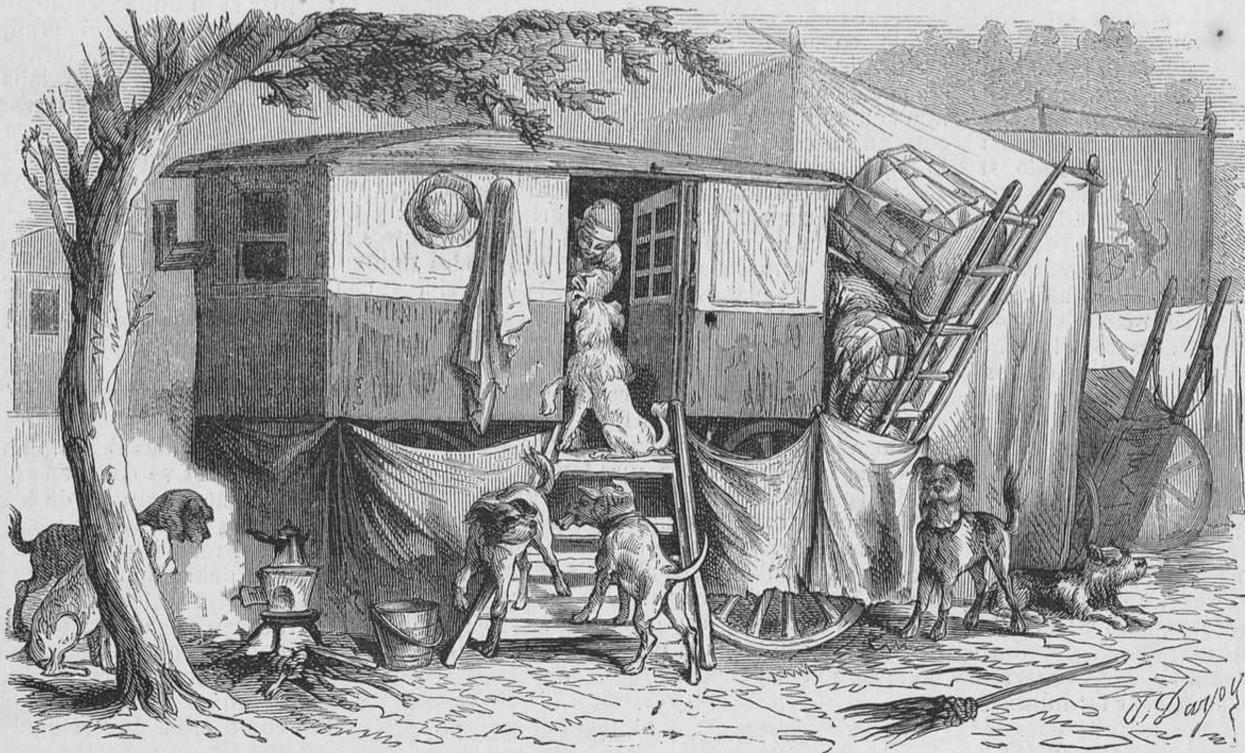
Por todas estas causas extrañaban todos en don Carlos, por ser tan galan, tanto desamor, tanto despejo: no menos lo extrañaba la pobre Leonor; porque aunque su recato era tanto como su belleza, mas de cuatro veces á la deshecha ó adrede, estando don Carlos á la ventana, se puso al balcon ella, solo por ver cómo don Carlos se portaba, pero con tan poca suerte, que engolfado él en lo que con otros trataba, no reparando en ella nunca ó fuese acaso ó adrede (que en amor todo son trazas) no solo la hablaba, pero se estaba con el sombrero puesto tan clavado, como bulto de mármol.

(Se continuará.)

LOS

Saltimbanquis.

El saltimbanqui es el último de los artistas ambulantes que toman las cosas como vienen, y pasan su vida sin acordarse del mañana. Los cómicos de la legua, sus hermanos primogénitos, pierden algo cada día de su primitiva originalidad; entran en la vida arreglada, se hacen funcionarios, alcaldes de su pueblo, obreros de su parroquia. Ya no tienen que temer aquellas excomuniones de otros tiempos, que enviaban al cómico á descansar junto al descreído, y obligaban á los amigos á enterrar á escondidas al autor de *Tartufe*. Han abdicado de sus antecedentes. El *Roman comique*, de *Scarron*, no es ya posible, y



Los saltimbanquis en sus barracas. — Los perros sabios.

únicamente los cómicos de provincia, los que trabajan en las aldeas, conservan un poco de aquel espíritu vagabundo de la Bouvillon y de Ragotin.

Pero en cambio los saltimbanquis han permanecido fieles al dios del movimiento, y atraviesan orgullosamente con sus oropeles por nuestra sociedad uniformada: conservan el culto de la vida ambulante y duermen, como sus antepasados, bajo la bóveda de los cielos. Tur-lupin reconocería á un baladi en la feria de Saint-Cloud, y le llamaría *hermano mio*. No han degenerado pues los saltimbanquis.

A mí me han gustado siempre. Esos Mohicanos de Francia siempre me han atraído con el curioso espectáculo del arte al aire libre, arte impregnado de un



La coleccion de animales.



Los pájaros sabios.

realismo, á veces demasiado triste y doloroso. El desvencijado vehiculo que les sirve de casa, y que despide por la chimenea una columna de humo claro, ese otro carro de Thespis encierra muchos dramas. A la primera mirada que se dirige á esa caja de madera montada en cuatro ruedas, se distingue, entre los ramos, á un hombre sólido y curtido, entre chiquillos medio desnudos que se revuelcan en la sombra; es un aguafuerte á la Rembrandt, esmaltada con alguna florecilla colocada en el fondo de la casa ambulante, y por la jaula del pájaro que salta entre sus alambres.

Ahi están cuatro, cinco, seis, á veces ocho ó diez amontonados en ese corto espacio. Debajo en un cesto, el perro duerme ó gruñe, un



La comida.

perro de guarda, con el ojo encendido, amenazador y bueno, con los dientes largos y blancos. Todo eso camina hácia las poblaciones, todo eso va rodando lentamente hácia lo desconocido, todo eso está ahí para hacer reir á la gente; y todo eso anda triste y silencioso como lo que tiene obligacion de divertir en un momento dado.

En otros tiempos, en Limoges, cuando llegaba la feria de Saint-Loup, cuando los saltimbanquis llenaban la Plaza Real, corria yo de barraca en barraca, viendo aquí las fieras domesticadas, allí el jugador de manos, mas allá la mujer gigante y el teatrillo de muñecos, donde se veia á la vez la *Tentacion de san Antonio* y la *Fuga de M. Guizot* despues del 24 de febrero. Recuerdo

muy bien los trasportes de alegría que saludaban al muñeco encargado de representar á M. Guizot, y que atravesaba el teatro á escape con una talega llena de dinero debajo del brazo. ¡Ay! Otras cosas hemos visto en Francia desde entonces. También enseñaban con figurillas de cera retratos de criminales célebres.

Entre aquella multitud me gustaba á mi particularmente el charlatan Gervasio, con su bata negra sembrada de lentejuelas doradas, y cubierta la cabeza con el puntiagudo sombrero del mágico, el cual mostraba al pueblo todas las placas que le habian conferido el rey de Siam y el soberano de Madagascar. Las placas producian su efecto en el auditorio, y sin embargo, era el tiempo de la república. Seguramente Gervasio era el hombre célebre de la plaza. Habia hecho todos los oficios honradamente. Un dia le vieron en Poitiers empujando un carréon lleno de una pasta negra: era betun. Gervasio ponderaba la excelente calidad de aquel producto, y



Los saltimbanquis en sus barracas. — El ensayo.

mis bolas del bolsillo y se las tragaba como confites.

Nunca se atragantó con ellas.

Sin embargo, aquella foca civilizada acabó por volver á la vida primitiva. Una noche en el Havre, sintiendo el olor de la marea y el viento salado que soplabá fuera de su baño, y pasando por debajo de la tienda, se arrastró hácia la playa. Algunos marineros la vieron saltar al agua. Echaron barcas al mar, pero no pudieron pescarla.

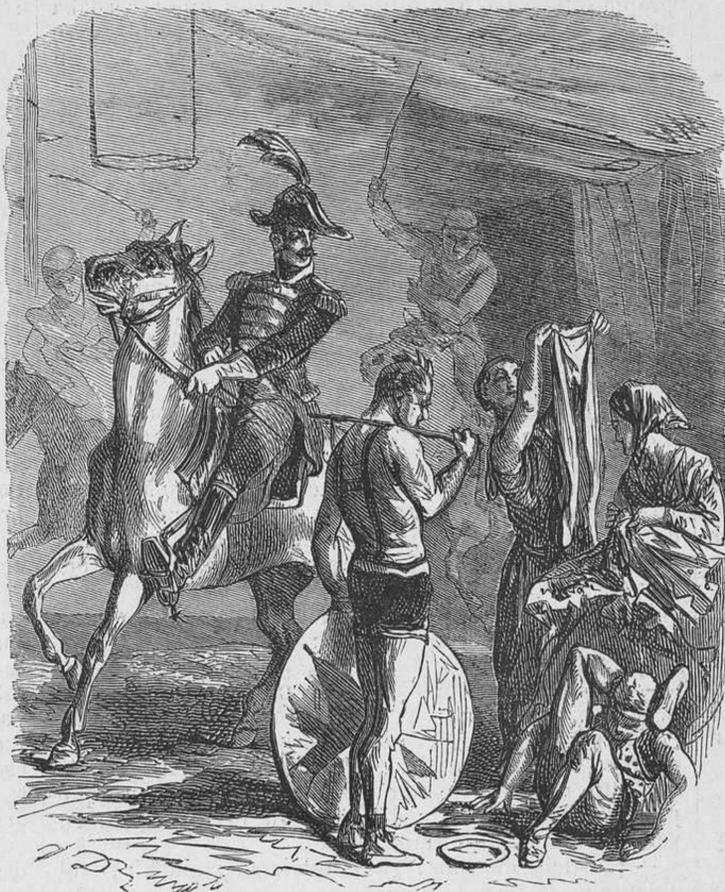
Mi pobre amiga debe enseñar ahora cómo se dice *papá* y *mamá* á las focas del Océano.

Un tomo entero se podría escribir con la crónica de los circos y de las barracas al aire libre; en esa historia las lágrimas andarian mezcladas con las sonrisas. Por ejemplo, habia una vez un maestro de equitacion llamado Bazin,

que se habia casado con la hermana de Franconi, y estaba en Marsella *trabajando*, cuando recibe la noticia de que su mujer se muere en Paris. Inmediatamente quiere



El tocador del salvaje.



El interior del circo.



La preparacion del cartel.

para dar una prueba ante el público asombrado, extendia un poco en un pedazo de pan y se lo comia.

Habia tambien un tal Laroche, que he solido volver á ver en la fiesta de Montmartre ó en la de Saint-Cloud. Laroche era á la vez muy diestro y muy fuerte.

Habria dado envidia á Robert Houdin con su destreza, y luego levantaba en peso un carruaje cargado con cinco ó seis gastadores del 72º de línea. Allí cerca tenia yo otra amistad, y era una foca, no una foca ordinaria, sino una foca instruida, con diploma. Decia *papá* y *mamá* mejor que un miembro del Instituto. Yo me divertia en alimentarla con bolitas de piedra. Mi intimidad con su amo me autorizaba á permanecer solo algunas veces con la foca, mirándola hacer sus cabriolas en el agua sacando su cabeza redonda y lisa. En cuanto salia de la escuela iba en derechura á la foca; y como ella no siempre tenia carpas que devorar, sacaba yo



La cuadra del circo ambulante.

ponerse en marcha sin esperar la salida de la diligencia (entonces no habia ferrocarril), pide los caballos mas briosos, y al galope hizo como en un sueño el largo trayecto de Marsella á Paris. En cuanto se rendia un caballo, montaba otro. A veces se ponía de pié en las ancas, como si estuviera dando vueltas en un circo, y animaba al caballo con su voz. Los aldeanos, que le tomaban por el diablo, se santiguaban al ver pasar á aquel hombre de pié y los brazos cruzados sobre un caballo blanco cubierto de espuma, y cuyas narices humeaban.

Los saltimbanquis permanecen fieles á sus antiguas costumbres; pero ¡ay! lo cierto es que se acaban.

En otros tiempos el bulevar Beaumarchais y el barrio Popincourt les pertenecian; allí resonaban incesantemente sus grotescos discursos mezclados con el ruido de discordante música. Los ronquidos de los leones del domador Cárlos se mezclaban con las agudezas filosófi-

cas de Mangin, el vendedor de lápices. Todo ha desaparecido; el bulevar Beaumarchais se ha embellecido como el bulevar del Temple y como la plaza de la Bastilla, y hoy apenas se ve á los saltimbanquis mas que una vez al año en la barrera del Trono y en las casas en construccion de los nuevos bulevares. Ahí siguen enseñando serpientes de cascabel y decapitados parlantes. Pero ya no son los saltimbanquis antiguos con su clásica barraca, á cuyo frente se hacia la parada antes del espectáculo, con su payaso que repetía las majaderías á voz en grito, con la primera dama que tocaba las castañuelas ó bailaba la cachucha vestida de color de rosa, un rosa gastado, con el Hércules haciendo proezas ante la multitud asombrada, con el salvaje pintado con zumo de zarzamoras, abriendo sus ojales enseñando la blanca dentadura é interrumpiendo su algarabía de caribe con salidas tabernarias.

Todos esos tipos han huido de Paris, y actualmente solo se les encuentra en las fiestas de verano, en Saint-Denis, en Sain-Cloud, etc.; ó en provincias, aquí y allá, buscando fortuna sin hallarla, soñando duros y cosechando maravedís. Ahí están todos los que enseñan perros y pájaros sabios, los domadores de fieras: no hay mas que asomar la cabeza al través de la tela de su teatro para sorprenderles en su vida íntima. Su comida parece una comida de gitanos de Callot. El salvaje hace su tocador, la compañía prepara el cartel, los caballos relinchan en la cuadra: estamos entre bastidores. Muy luego aparecerá todo eso fresco y brillante á los ojos del público. Y una vez contadas las ganancias y pagados los gastos, la banda errante continuará la marcha al azar del camino, rompiéndose los huesos y sonriendo para ocultar la miseria que les devora á todos.

¡Pobres saltimbanquis! Últimos soldados del batallón gitano, ¿sabeis cuál es vuestro verdadero nombre? ¡Sois los Don Quijotes del arte!

J. C.

La espada del muerto.

(Continuacion.)

Envolvióse con el manto, en cuyos pliegues recató su rostro, y dirigióse sin vacilar hácia el pabellon aislado que servía de morada al marqués de Biel. No se hallaba este en casa, pero como Aurora se decidió á esperarle, hizola subir el criado á la estancia donde hemos visto pasar la escena primera de esta historia.

Media hora despues llegó el marqués. El ayuda de cámara le dijo que una misteriosa tapada estaba aguardándole en su gabinete. El de Biel hizo un gesto de disgusto. Temía alguno de aquellos compromisos á que le arrastraban sus pasadas aventuras galantes, con los cuales estaba firmemente decidido á romper desde que habia formado el propósito de unir á su suerte la de Aurora de Senmanat.

Decidióse sin embargo á subir.

Al penetrar en la estancia, suavemente iluminada por la luz del dia que filtraba nebulosa á través de las ricas cortinas de seda, vió en un ángulo, sentada en un sillón, inmóvil como la estatua del dolor, á una mujer que ni siquiera volvió la cabeza al ruido de la puerta.

Era su futura.

— ¡Aurora! exclamó el marqués. ¡Tú aquí!

La jóven reunió todas sus fuerzas para levantarse y dar algunos pasos.

— La misma, señor marqués, dijo. ¿Os estorba acaso mi presencia? ¿Esperabais á otra mujer quizás?

El de Biel se quedó sorprendido y estático, no solo de hallar allí á Aurora, sino de su rostro demudado, de sus vestidos en desórden, de sus ojos enrojecidos, del acento amarguísimo de ironía con que habia pronunciado sus palabras.

— En nombre de Dios, Aurora, ¿qué es eso, qué pasa, qué sucede?

— Sucede, contestó la hermosa jóven con aire de orgullo ofendido, sucede, que yo, vuestra víctima, yo, tan infamemente vendida por vos, yo vengo á salvaros, marqués y á deciros: «Partid, ahí teneis la firma del rey que os sirve de salvo-conducto, pero partid sin dilacion, en el acto, en seguida, porque si retardais solo una hora, acaso ni esta firma bastará á libraros de la muerte que teneis merecida.»

El marqués no sabia lo que pasaba.

— Aurora, no os comprendo, no sé lo que quereis decir. ¿Qué significa esto, Dios mio?

Y el de Biel miraba el pliego, al pié del cual estaba en blanco la firma del monarca, pliego que habia tomado maquinalmente de la mano trémula con que la jóven se lo alargara.

— ¡Partid, partid en nombre del cielo! murmuró la jóven en un arrebatado sublime, partid sin demora. Yo os perdono.

— ¿Que parta, que me perdonais? Pero Aurora, yo os juro, y os lo juro por mi salvacion eterna, que no comprendo una sola palabra de lo que me estais diciendo. Tanto, que si no os viera demudada y en ese estado de agitacion que me parece participar de la locura, creería que es todo una burla de que me haceis objeto.

— ¡Una burla! murmuró la jóven, cuyos labios se estremecieron á impulsos de una contraccion nerviosa, ¡ah! ¡decís que lo tomariais por una burla!

— Aurora, en nombre de lo que haya para vos de mas santo en este mundo, os suplico que me expliqueis

este misterio, si no quereis que me vuelva loco. ¿Qué significa todo esto, qué son estas palabras en vuestra boca, qué indica esa palidez en vuestro rostro, qué quiere decir esta firma del monarca en mi mano? ¡Aurora, Aurora, si sabeis lo que es sufrir, si sabeis lo que es piedad, sacadme de este horrible estado!

Aurora se sintió algun tanto conmovida ante aquel acento de enérgica verdad que dominaba en las palabras del marqués.

— ¿Si sé lo que es sufrir, me preguntais? exclamó con voz henchida de lágrimas: ¿pues qué es lo que he hecho ayer, qué es lo que he hecho esta noche sino sufrir amarga y horrorosamente como ningun corazon puede ya soportar mas?

— ¡Vos! ¿vos habeis sufrido, Aurora? exclamó el marqués con ternura. ¿Y por qué?

— ¿Por qué, decid, por qué?

Y Aurora levantó sus brazos al cielo y exclamó con impetuosidad:

— ¡Señor, señor, compadeceos del hombre que blasfema!

— ¡Aurora!

La jóven inclinó la cabeza y rompió en llanto. Eran las primeras lágrimas que Dios hacia la merced de enviar á sus ojos despues de una porcion de horas de amargo y desconsolador sufrimiento.

El marqués se acercó con tierna solicitud á su futura y trató en vano de consolarla. Cuando hubo pasado aquel primer momento de expansion, cuando Aurora tuvo aliviada su alma del peso de aquellas lágrimas, levantó su cabeza. Sus ojos brillaban.

— Marqués, le dijo con una expresion de despiadada ironía, marqués, ¿qué os parecen estos versos?

Y Aurora alargó otro papel al marqués.

Este lo desdobló y lanzó una exclamacion al ver su propia letra y, lo que es mas, los versos que recordaba haberse llevado el secretario Antonio Perez, sin que se los hubiera devuelto ni él hubiese pensado tampoco en pedirselos.

— ¡Estos versos! ¿Quién os los ha dado, Aurora?

— ¡Ah! ¿Luego los conoceis?

— Sí, son míos.

— ¡Y lo confiesa, Dios mio! murmuró Aurora con doloroso acento.

— ¡Oh! exclamó de pronto el marqués que recorria con la vista el papel, al tropezar con el último verso; ¡esta línea no es mia... no es mi letra... yo no he escrito esto!... Aurora, me temo... ¡Dios mio, Dios mio!

Estoy viendo aquí algo que no me explico. Aurora, temo que os hayan tendido un lazo en el que vos, pobre jóven incauta, os habeis dejado prender.

— ¡Un lazo! dijo la jóven con amarga ironía: ¡un lazo! Pues qué, ¿no os he visto introducir esta noche pasada en el parque? ¿No os he visto penetrar furtiva y sigilosamente en el pabellon de la reina? ¿No os he visto yo misma, con mis propios ojos, recibir un alfiler de perlas de manos de la reina, que acompañaba el presente con palabras dulces y gratas al oido del amante?

El de Biel se admiró al oír estas palabras, pero cruzándose de brazos contestó solo:

— ¿Y bien?

— Entonces, continuó la jóven, mi razon se ha despedazado, todo lo que hay sensible en mí ha gritado: ¡Infamia! Sí, porque el hombre á quien yo creía amante entre los amantes, leal entre los leales, me vendía con otra mujer y no se habia servido de mí mas que para medio con que poder llegar á los brazos de su verdadera amada, la reina.

— ¡Justicia de Dios! ¿qué estais diciendo? ¡Yo el amante de la reina!

— Y loca, fuera de mí, desesperada y ciega, prosiguió la jóven sin hacer caso, he ido á buscar á la princesa, al rey, á todo el mundo, y me he arrojado á sus plantas y les he dicho: Mi amante me vende; ¡justicia contra mi amante!

— ¡Infeliz!

— Infeliz, teneis razon. Yo le he dicho al rey lo que habia visto, lo que habia oido: le he dicho que os habian entregado el alfiler, y en seguida... yo no sé... no recuerdo como... ¡Dios mio, mi cabeza arde... En seguida me he visto con una firma del rey en la mano y he corrido... he corrido para dároslo, para salvaros, para deciros que huyerais de su furor por... por amor hácia mí, pues que todavía os amo!

Y la jóven, dando un grito supremo, cayó exánime, desfallecida, sollozando sobre el sillón. El rostro del marqués se habia puesto severo, sombrío. No pestañeaba siquiera. Su boca contraída y sus manos convulsas indicaban la agitacion ó quizá la lucha que se albergaba en su interior. Reinó por breves instantes un silencio sepulcral en la estancia, interrumpido solo de cuando en cuando por los sollozos de la jóven, que en vano procuraba ahogarlos. El marqués fué el primero en hablar.

— Aurora, oidme y responded, dijo con voz tranquila, pero solemne; responded como si le hablarais á vuestro confesor, porque acaso la vida de tres personas pende de vuestros labios. Aurora, suspended el llanto por un momento, dad treguas á vuestro enojo, y dadme luz con vuestras respuestas para que pueda guiarme por entre las tinieblas de la trama infernal que presiento.

Aurora suspendió en efecto sus sollozos y miró al marqués, en cuyo rostro leyó toda la gravedad de la situacion.

— Decidme, ¿quién os dió estos versos?

— La princesa de Eboli.

— Me lo he presumido.

— ¡Ah!

— Sí, comienzo á comprender. Con lo que os dijo la princesa y con la lectura de estos versos, me creisteis el amante de la reina, ¿no es verdad?

— Y lo creo aun.

— Bien. Luego hablaremos de esto. Luego, os lo juro por mi honor de caballero, al cual no he faltado nunca, luego os seré franco y sincero á mi vez, como deseo que me lo seais ahora. Decid, creyéndome el amante de la reina, inspirada por los celos, ¿os pusisteis en acecho?

— Sí.

— ¿Y visteis como la reina me entregaba un alfiler de perlas?

— Y oí tambien las palabras con que acompañaba la entrega.

— ¡Las palabras! ¿Y qué palabras son estas?

— ¡Oh! Las tengo bien presentes. Se grabaron con letras de fuego en mi corazon. «Que el hombre á quien amaré toda la vida, dijo, lo guarde en memoria mia.»

— ¡Pero estas palabras no iban dirigidas á mí, desgraciada!

Aurora miró de hito en hito al marqués con ojos que parecían querer escapar de su órbita.

El marqués continuó:

— Creyéndome el amante de la reina, ¿habeis ido al rey y se lo habeis contado?

Aurora se levantó y alzó con orgullo su frente.

— No se ha hecho para mí tan miserable venganza, señor marqués.

— ¡Por Dios, Aurora, por Dios vivo, no os ofendais! Os digo que en todo esto va la vida de tres personas, y os suplico que me contesteis. ¿A quién pues, habeis ido á contárselo?

— He ido á buscar á la princesa para llorar en su seno, para pedirle un consejo.

— ¿Y la princesa se lo ha contado al rey?

— El rey, sin yo saberlo, escuchaba nuestra conversacion, y se ha presentado de pronto. Entonces, cuando no habia ya remedio para mi imprudencia, cuando ya Felipe II sabe que sois el amante de la reina, he venido corriendo á salvaros y...

— No, Aurora, no, dijo el marqués con triste sonrisa. El rey no cree, el rey ya sabe que no soy yo el amante de la reina. Todo lo comprende perfectamente.

¿Quieres que te cuente Aurora, toda la trama, toda la trama de esta horrible historia?

Aurora, que comenzaba á vacilar, que empezaba á entrever algo negro y misterioso en todo aquello, hizo una indicacion con la cabeza. El marqués prosiguió:

— Oye, pues. Me hallaba yo una noche en esta misma estancia donde estamos ahora, ocupado precisamente en componer estos mismos versos que á ti iban dirigidos, á tí, Aurora, aun cuando hoy se lea en ellos el nombre de Isabel, que no es por cierto de mi letra. Un hombre entró de pronto saltando por aquella ventana. Huía de unos embozados que le perseguian para conocerle, ó quizá para asesinarle. Era el príncipe Carlos. Apenas se halló en este cuarto, tuvo que refugiarse allí, tras de aquellas cortinas, porque Antonio Perez, su enemigo y el favorito de su padre, Antonio Perez, el amante de la princesa de Eboli, llamaba á mi puerta. Perez estuvo hablando conmigo de esos mismos versos, que para tí estaba escribiendo, y se los llevó prometiéndome volvérmelos. Su visita habia sido un pretexto para asegurarse de quién era el que se habia refugiado, pero se fué sin poder saberlo. Entonces el príncipe salió, se arrojó en mis brazos, me contó su historia, sus amores con la reina, me manifestó su deseo de partir á Flandes, y acabó por decirme que necesitaba un hombre que quisiese, á ser necesario, hacerse matar por él. Me ofrecí á ser este hombre. La vigilancia mas escrupulosa se extendió desde aquella noche sobre el príncipe y sobre mí mismo. S. A. no ha salido apenas de su habitacion, pero yo he ido á ver á la reina en su nombre, aprovechándome de la llave que para nuestras entrevistas me enviaste: les he llevado mutuamente á uno y otro sus cartas, sus recuerdos de despido, porque el príncipe debe partir secretamente á Flandes mañana. Ahora bien, la princesa de Eboli quiere perder á Carlos, quiere perder á Isabel. Ignoraria sin duda quién era el mensajero nocturno, sospecharia de mí, y para asegurarse, ella y Antonio Perez han fraguado el plan de que has sido tú, Aurora, la primera víctima. Ella te ha dado estos versos arreglando el último á su modo y fingiendo mi letra; ella ha hecho que me espieras; ella te ha esperado sin duda, teniendo al rey oculto en su gabinete para que pudiese oír tu relato. Ahora Felipe II sabe que he visto yo á la reina esta noche, sabe que me ha dado su alfiler de perlas, supone que este alfiler está ya en poder del príncipe, como lo está en efecto, y cuando mas descuidados nos hallemos, su justicia, siempre terrible y casi siempre misteriosa, caerá como una cuchilla invisible sobre nuestras tres cabezas á un tiempo, la de la reina, la del príncipe y la mia. Hé ahí la historia, Aurora, y hé ahí lo que costará tu celosa revelacion. La princesa y Antonio Perez necesitaban que el rey escuchara de boca de cualquiera, que no fuese de ninguno de ellos dos, para que la acusacion tuviera mas valor, la noticia de que la reina tenia secretas y nocturnas entrevistas, conmigo por ejemplo, pues ya habrian cuidado de presentarme al monarca como el amigo ó el mensajero de su hijo. La princesa y Antonio Perez habian conocido que el plan no podia fallar, que tú me verias entrar en el pabellon, que me espieras, y que la fuerza de tu dolor te arrojaría en brazos de tu antigua protectora para decirle: «El marqués es el amante de la reina.» Y ya su trama estaria urdida de tal modo

que el rey te pudiera oír y que la princesa ó Antonio Perez se pudieran volver á él y decirle: «El marqués no es el amante, pero es el mensajero del amante.» Esto es exactamente, como si lo viera, lo que ha pasado. Su intriga les ha salido bien. No solo el rey ha oído de tus labios lo que querían ellos que oyese, sino que hasta el alfiler que hallarán á faltar en el joyel de la reina ó encontrarán sobre el príncipe, les servirá de prueba para que vibre el monarca el rayo de su justicia exterminadora. Y ahora dime, ¿comprendes el lazo en que has caído, Aurora?

Aurora nada contestó. Había estado durante aquella relación inmóvil y escuchando sin perder una sílaba, oyéndolo todo sin pestañear. Cuando su futuro hubo concluido, la pobre jóven se dejó caer á sus plantas con las manos suplicantes, con los ojos en que se veía una fijeza aterradora, con su rostro mas pálido que un sudario. El marqués de Biel tuvo compasión de aquella niña que solo había cedido á un arrebató de celos, esa locura de los enamorados, y olvidando su propia situación, la dirigió palabras de amor y de consuelo que pudieran hacer efecto en aquel corazón, combatido á un tiempo mismo por cuantas tempestades interiores pueden desencadenarse sobre el alma de una mujer.

— Marqués, dijo al cabo de unos instantes, es preciso salvar á toda costa á la reina, aunque sea á costa de nuestra sangre.

— ¿Y cómo?

— Solo hay una cosa que pueda hacer prueba, que pueda deponer contra ella, el alfiler de perlas.

— ¿Y bien?

— Es preciso que este alfiler vuelva á sus manos.

— Imposible ya.

— ¿Por qué?

— Aun cuando yo pueda volvérselo á pedir al príncipe, ¿cómo hacerlo llegar á manos de la reina?

— Se lo entregaré yo.

— ¡Tú!

— Sí, corre á buscarlo. Que el príncipe te lo devuelva. Yo me encargo de lo demás.

— ¡Oh! tienes razón, Aurora. Voy corriendo. Tengo esperanzas todavía.

— ¡Dios mio, Dios mio! exclamó la jóven alzando las manos al cielo, concededme remediar el mal que he causado.

El marqués salió y Aurora se quedó esperándole, presa de la mayor angustia. Cada instante que pasaba le parecía un siglo. Hubiera dado la mitad de su vida por apresurar los minutos, por tener ya el alfiler en sus manos y por habérselo devuelto á la reina.

El de Biel no tardó en volver.

— Todo está perdido, murmuró con voz sombría al pisar el umbral de la estancia.

Aurora, aterrada, miró á su amante. Sus ojos marchitos, su semblante triste, le demostraron mejor que sus palabras el fracaso de su plan.

— ¿Pues, ¿qué hay?

— La habitación del príncipe está rodeada de guardias que no permiten entrar á nadie. El príncipe está preso en su cámara. Nadie puede llegar hasta él. Todo está perdido.

— ¡Oh! balbuceó la jóven con un grito terrible y ocultándose el rostro con las manos, ¡perdon, perdon!

— Aurora, dijo el marqués, tu imprudencia ha sido grande, pero tu dolor te absuelve.

— Marqués, esto es horrible, esto no puede pasar así. Es preciso salvar de un modo ó de otro á esa pobre reina, á ese infeliz príncipe.

— Podré hacerme matar mas pronto, dijo el marqués, pero no conseguiré nada.

— ¿Y no hay otra prueba que deponga contra sus amores mas que el alfiler de perlas?

— No hay otra.

— Pues es fuerza, es preciso que esa joya vuelva á poder de la reina.

— ¿Pero cómo?

— Yo no sé. Dios nos dará el medio... ¡Ah! dijo de pronto Aurora dando un grito, ya lo tengo.

— ¿El medio?

— Sí.

— ¿De qué modo?

Aurora se dirigió á la mesa donde el de Biel había dejado la firma en blanco del rey que al principio de su conversación le había dado.

— La firma del rey, dijo.

— Sí, pero no comprendo...

— Escribeme encima de ella: «Nadie se oponga á que entre y salga de la cámara del príncipe la persona portadora de esta orden.»

El marqués escribió lo dictado por su amante.

— Nos hemos salvado, marqués. Dame, iré yo misma. Tú pudieras comprometerme.

— Aurora, Dios te tomará en cuenta este servicio.

— Confío en su misericordia para que me perdone mi falta.

— Corre, apresúrate.

— ¡Oh! no temas. El alfiler volverá á manos de la reina. Yo les salvaré.

Y la jóven envolviéndose en su manto, se precipitó fuera del pabellón.

VII.

TODAVÍA EL ALFILER DE PERLAS.

Ayudada se hallaba en el antepecho de la ventana la reina Isabel, contemplando melancólicamente las nu-

bes que se cernían en el horizonte, y cuyos agrupados pelotones pugnaba el sol por atravesar, cuando, abriéndose repentinamente las puertas de su cámara, un page entró, dió dos pasos en el interior y exclamó con voz vibrante.

— ¡El rey!

Isabel se estremeció, como si se la hubiese cogido en el acto de cometer un delito. Era tan inesperada la presencia de su real esposo, que tembló al pensar en lo que allí podía traerle. La conciencia de la pobre reina no estaba muy tranquila para poder recibir con toda serenidad al monarca.

Este se presentó en la cámara. Contra su costumbre, su semblante estaba risueño y esto infundió nuevos temores á Isabel. Sin saber por qué, su corazón leal, que nunca le había engañado en sus impulsos, le decía que aquella visita tenía un motivo, y que aquel rostro risueño ocultaba una celada.

— Señor... balbuceó Isabel.

— ¿Qué teneis, querida mia? preguntó el soberano con afable sonrisa. Parecis sobrecogida.

— No es nada. Vuestra visita...

— ¿Os extraña?

— ¡No, señor, pero como hace tanto tiempo que no os habiais dignado venir á esta cámara!

— ¡Qué quereis! Los negocios de Estado son una rueda que nunca para. Me roban todo el tiempo que yo pudiera consagrar á vuestro amor. ¡Estais bellísima, mi reina y señora!

— Señor...

— Esa palidez que brilla en vuestras mejillas os da un realce melancólico que interesa y cautiva. ¡Oh! ¡cómo es posible que yo piense en negocios de Estado teniendo á mi lado en el trono una compañera con quien pasar la vida, rodeados de toda la felicidad del amor! Mil veces me he dicho, Isabel, que debierais aborrecerme.

Aquel lenguaje amante era desconocido en el rey. Isabel previó algo terrible para ella.

— Aborrecerme, sí, prosiguió Felipe, porque os he arrancado del suelo de Francia, donde erais feliz y dichosa, para traerlos á una corte en que solo reina la fria etiqueta, de la que están poco menos que proscritos los bailes y que no ofrece ninguna diversion. Yo mismo, que debiera labraros una existencia agradable, contribuyo á hacéroslo pesada y monótona, estando siempre ausente de vos, ocupado con mis negocios y devociones, permitiendo que esteis encerrada en vuestros aposentos como en un calabozo. ¡Pobre Isabel!

— Pues os aseguro al contrario, señor, que soy feliz, y que esta es la vida que mas conviene á la disposición de mi alma.

— De hoy en adelante, querida mia, dijo el rey tomándola una mano, quiero que sea para vos otra cosa, quiero que tengais diversiones, bailes, quiero que goceis y vivais como mejor os plazca.

— Pero...

— No, no; yo sé mejor que vos lo que os conviene, Isabel, y por otra parte, ya que tengo en vos una joya de talento y hermosura, quiero que brille con todo su esplendor. Mirad, para comenzar á cumplir este propósito he mandado disponer un baile.

— ¡Un baile!

— Para esta misma noche, á fin de que podais presentaros á deslumbrar con vuestra belleza á las bellezas todas de la corte. Escoged pues vuestras mejores galas. Poneos hermosa. Vuestro esposo y vuestro soberano os lo ruegan.

— Muy galante estais hoy, señor.

— Aprecio en lo que vale la compañera que Dios me ha dado, dijo el rey con acento particular, pues que en el modo como fué pronunciada esta frase admitia dos sentidos.

— Haré lo que gustéis, dijo la reina bajando los ojos.

— Os digo y repito, que voy á cambiar de vida con respecto á vos, exclamó Felipe cada vez mas amable, y he de robarle muchas horas al Estado para venir á pasarlas en vuestra intimidad. Harto tiempo os he tenido olvidada. Quiero que seais feliz de hoy en adelante. El baile de esta noche comenzará vuestra nueva vida.

— Señor, yo quisiera que me dispensárais de asistir á este baile.

— ¡Oh! es imposible. Debeis reinar en él por vuestra corona y por vuestra belleza. Deseo que esta noche os presentéis ante mi corte admirada, deslumbrante de galas y de hermosura. ¿Lo hareis así, no es verdad, querida mia?

— Lo haré por complaceros.

— ¡Y á propósito! dijo Felipe con una naturalidad excesiva y como si solo manifestara una idea casualmente ocurrida; no olvidéis poner el alfiler de perlas.

Una palidez mortal se extendió por el rostro de la reina.

— Ya sabeis de qué alfiler os hablo, ¿verdad, querida mia?

— Sí, señor, murmuró Isabel con una voz tan débil que apenas se pudo oír.

— De aquel que os dí el día de nuestro enlace, y en el que hay trazado con perlas vuestro nombre, Isabel.

La reina sufría horrorosamente.

— Es un alfiler, prosiguió el monarca, clavando en ella una mirada inquisidora, cuya severidad formaba contraste con sus palabras dulces, que guarda bellos recuerdos para mí. Se remonta á los primeros dias de nuestro enlace, y es, puede decirse, mas bien el regalo de un amante que el don de un esposo. Por otra parte, es una obra maestra en el arte y me lo trabajó por particular encargo mio mi artífice genovés Montanelli.

— ¿Dónde le teneis, señora?

— Guardado está en mi joyel, exclamó la reina exánime.

— Hacedme el gusto de mandar que os le traigan. Quiero verle de nuevo, quiero admirar su valor artístico.

— Es que...

— ¿Qué?

La reina no podía mas. Una especie de congoja mortal se había apoderado de ella. Sufría de una manera espantosa, y su pecho ardía como si hubiese sido una brasa de fuego.

— Que he perdido la llave de mi joyel, murmuró la pobre mujer.

— ¿Habeis perdido la llave? ¿Cuándo?

— Esta mañana la he hecho buscar inútilmente por todas partes.

— ¡Oh! pues no os apureis por esto. Romperemos la cerradura.

— Pero, señor...

— Nada, nada. Tengo ahora el capricho de ver el alfiler, y es preciso satisfacerlo. Vamos á vuestro pabellón, señora. ¿No es allí donde está vuestro joyel? Ya vereis como en un abrir y cerrar de ojos hago saltar la cerradura con la punta de la daga.

Y Felipe tendió la mano á la reina, que se dejó arrastrar mejor que conducir al pabellón. Pálida como un difunto, sin fuerzas, presa de una zozobra mortal, al llegar al pabellón, Isabel se dejó caer en una silla, junto á la enrejada ventana que daba al parque. En cuanto al rey, sacó su daga y se dirigió al mueble sobre el cual se veía la rica caja de ébano que guardaba las joyas de la reina.

Isabel, medio desvanecida, hundió su frente entre ambas manos, y se puso á rezar como si hubiese llegado su última hora.

Al llegar ante la caja de ébano, el rey se detuvo.

— ¿No deciais señora, preguntó, que habiais perdido la llave del joyel? ¿Cómo es pues, que la veo en la cerradura?

La reina balbuceó algunas palabras ininteligibles, en que ni siquiera Felipe fijó su atención. Dió vuelta á la llave y abrió el joyel.

Allí estaba, entre las demás joyas, el alfiler de perlas.

El rey se quedó sorprendido. La reina no sabia lo que le pasaba. Le parecía aquello un sueño, y sin acertar á comprender cómo había vuelto allí aquella joya, bendijo á la Providencia que semejante milagro había obrado para salvarla.

La Providencia de la pobre reina había sido Aurora.

— ¡Ah! dijo el rey con voz sombría y arrugado ceño. ¿Con que teniais guardado aquí este alfiler?

— Sí, señor, murmuró la reina sin saber lo que se decía.

— ¿Y no ha salido de vuestras manos?

La reina hubiera palidecido á ser esto posible.

— No, señor, contestó.

— Está bien, señora. Puesto que el alfiler no ha salido de vuestras manos, os felicito por ello.

Y sin decir una palabra mas, volvió la espalda y se salió de la estancia.

VIII.

NON SIC SEMPER SED.

Durante todo aquel día y el siguiente, Felipe II no salió de su gabinete y nadie entró en él, excepto su ministro Perez y la princesa de Eboli.

La corte entera estaba alarmada. Se había traslucido algo de cosas misteriosas y escenas terribles que nadie sabia á punto fijo, pero que todo el mundo contaba con minuciosidad de detalles como si hubiesen pasado á vista de todos.

El capitán de guardias que tenia arrestado al príncipe recibió órden de retirarse, y la cámara del jóven Don Carlos prosiguió lo mismo que antes, siendo de fácil acceso á sus amigos.

Uno de los que acudieron primero fué el marqués de Biel, quien le enteró de todo lo que pasaba.

— Corren aires de desgracia para nosotros, y sobre todo para tí, pobre amigo mio, le dijo Carlos. Tu amistad para conmigo te perderá.

— Señor, si soy víctima de mi lealtad, me bastará para morir satisfecho el saber que consagrareis una lágrima á mi memoria.

— Amigo mio, yo soy fatal á los que me sirven. La desgracia va conmigo. Sirviéndome así, ya has hecho bastante. Abandóname ahora.

— *Non sic semper sed*, es la divisa de mi familia, señor, y seré leal á ella mientras viva.

— Eres un corazón noble, marqués.

— Hablemos de otra cosa, príncipe mio.

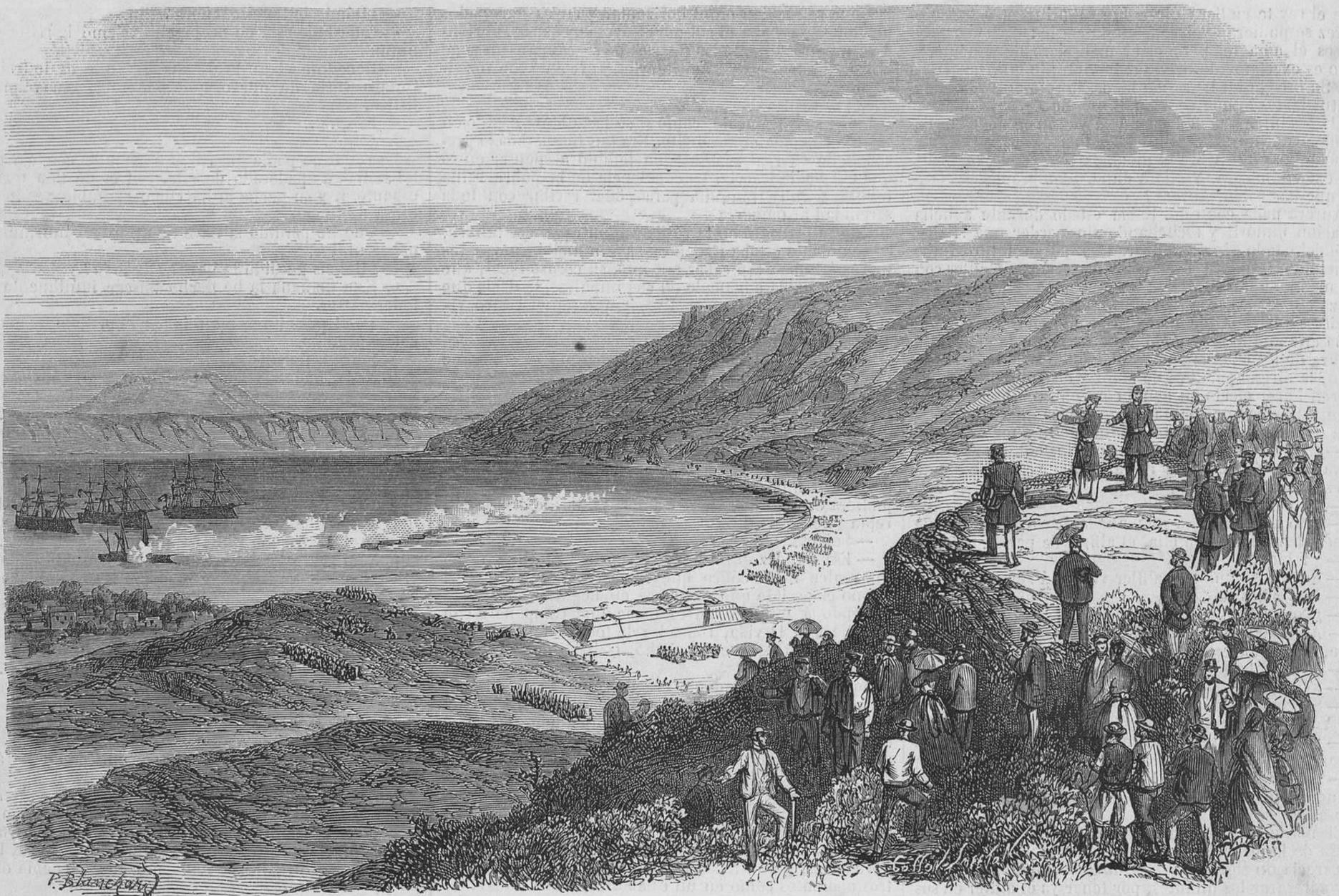
— Dí.

— Es preciso llevar á cabo el plan proyectado.

— Es verdad. Yo me ahogo en esta atmósfera de plomo que pesa como una maldición sobre la corte de mi padre. Aquí no pueden vivir ni respirar las almas como la mia. Me falta aire, espacio, aliento. Sucumbo extenuado bajo la mano de hierro que me oprime. Soy muy desdichado, marqués.

— Por lo mismo, debeis partir. Os espera un cielo puro, os aguarda un crecido número de amigos, os brinda una nación con su trono.

— ¡Oh! no, yo nunca iré á Flandes para levantar pendones contra mi padre.



ARGELIA. — Fiesta militar y marítima en Mers-el-Kebir.

— Y bien, aun cuando sea así, partid, señor, partid. Fugaos de esta córte, que es para vos una cárcel.

— Quien partir debe eres tú, marqués, tú para quien quizá en este momento se aguzan los puñales. Vete á Cataluña, á tu siempre leal y siempre indomable Cataluña, y desde tu castillo de Picalqués burlarás las iras de mi padre.

— Señor, yo no partiré como vos os quedeis aquí. Mi suerte será la vuestra. Os he consagrado mi brazo y mi vida. Si alzais pendones en Flandes, yo gritaré mas alto que nadie: ¡Viva el rey Carlos! Si aquí permanecéis, aquí permanezco; y por fin, si me toca morir, si así está decretado por el cielo, moriré á vuestros piés partiendo entre vos y mi amada mi último suspiro y mi último pensamiento.

— Marqués, está dicho. Partiremos. Iremos lejos, muy lejos, donde no pueda alcanzarnos la cólera de mi padre, donde yo pueda vivir tranquilo, entregado por completo al amor, que es el goce del corazón. Escribiré por última vez á esa mujer, la diré todo el tesoro de recuerdos que llevo, todo el porvenir de agonía que me espera, y me iré á encerrar para siempre en el fondo de un desierto.

— Escribidle pues, y fijemos para mañana nuestra partida. No veo seguridad para vos en la córte, mientras haya almas condenadas que dominen á vuestro augusto padre. Ayer os arrestaron, mañana pueden volver á prenderos, y otro dia, otro dia quizá...

— Pueden asesinarne.

— Yo no quiero decir tanto, señor.

— Pero lo digo yo.

El marqués guardó silencio.

— Oye, marqués, dijo tristemente Carlos. ¿Quién se encargará de mi carta?

— Yo, señor.

— ¡Tú! No puede ser.

— ¿Por qué?

— ¡Desgraciado! Te siguen los pasos, te espian, y créelo, te matarian antes de llegar á los piés de la reina. Se ha descorrido el velo, la imprudencia de tu amada ha puesto en evidencia tus nocturnas entrevistas... ¡Es imposible, marqués, imposible! Acaso no esperan otra cosa que verte acercar á la puerta del parque para arrojar sobre tí sus pagados asesinos.

— Señor, el marqués de Biel tiene sangre de héroes en sus venas, lleva un nombre que sus antepasados han hecho ilustre, y no puede sucumbir como un cualquiera bajo el puñal de un asesino. Nadie mas que yo será vuestro mensajero. Ni teneis otro á quien fiar secreto de tal importancia, ni cabe en mí retroceder ahora que hay peligro. La carta llegará, señor, yo os respondo de ello.

— Marqués, reflexiona...

— Todos los asesinos del mundo no me impedirán

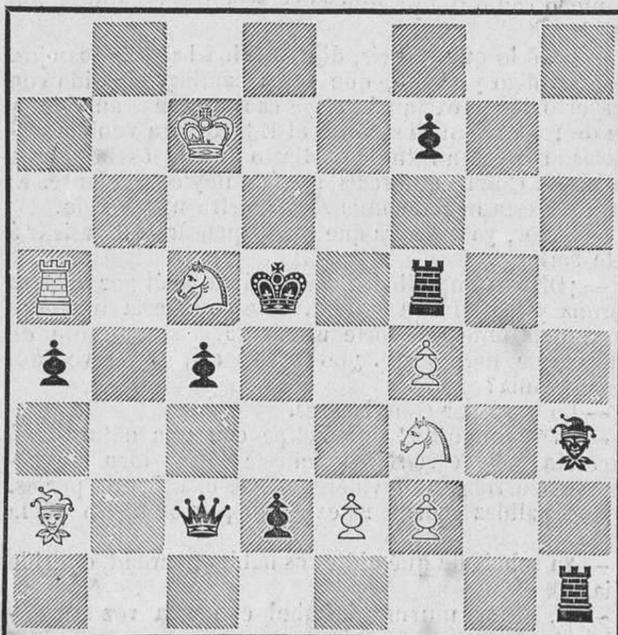
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 292.

- | | | |
|---|---------------------|-----------------|
| 1 | A 6ª CR | R 2ª R ó C toma |
| 2 | A 5ª ARª jaque | R toma C |
| 3 | A 4ª Ra jaque-mate, | |

PROBLEMA NÚMERO 293, POR M. WALTER GRIMSHAW.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

Los Editores-Propietarios responsables

X. DE LASSALLE Y MELAN.

Paris.— Tipografía de A. Marc, 22, rue de Verneuil.

llegar hasta la reina. Podré llegar moribundo, pero llegaré, señor.

— ¡Marqués, por Dios!

VICTOR BALAGUER.

(Se continuará.)

Correspondencia de Argelia.

Mers-el-Kebir 2 de julio de 1869.

El camino de Oran á Mers-el-Kebir presentaba ayer el mas animado aspecto: una gran muchedumbre se agolpaba para asistir á un simulacro de desembarco á viva fuerza que debian operar los marinos de la escuadra de evoluciones. A eso de las dos un batallon del 2º de zuavos, un escuadron de cazadores de Africa y media bateria de artillería llegaban á ocupar las posiciones cuya defensa les estaba encomendada.

A las tres, bajo la proteccion de los fuegos del *Renard* y de las chalupas de vapor, los marinos saltaban á tierra y se adelantaban en número de 700 por cuatro piezas de artillería cerca del fuerte llamado de la Briqueterie.

Desde lo alto de un cerro el general comandante de la provincia y el comandante en jefe de la escuadra seguian los movimientos de las tropas. Los zuavos retrocedian sucesivamente ante los ataques de los fusileros marinos, luchando unos y otros en agilidad para atravesar los barrancos. Llegados cerca de la altura en donde estaban los generales y concluida ya la primera mitad del programa, los dos partidos se reunian á tomar café, que habian hecho en el campo de batalla los zuavos, y que se completó con el aguardiente de los marineros.

El almirante Jurien de la Gravière ofrecia al mismo tiempo á los oficiales un refrigerio, durante el cual se brindaba á los oficiales de la division de Oran. El señor general de Wimpfen correspondia del modo mas cortés.

Pero espirada la tregua, los dos partidos volvian á la lucha; los marinos abandonaban al impulso de los zuavos las posiciones que acababan de conquistar y se retiraban bajo la proteccion de los fuegos de la rada, embarcándose otra vez en buen orden. El dibujo que acompaña da la vista del terreno de las operaciones y de la bahía de Oran. En la mar se ven los buques de coraza en el fondeadero. La noche vino á terminar muy luego una jornada que dejará los mejores recuerdos en todos los que tomaron parte en aquel simulacro de guerra ó que tuvieron ocasion de contemplarle.

M.